

Para una crítica a la teoría del Facismo Latino-Americano

Fernando Mires

Dicho de una vez: la discusión en torno al fascismo latinoamericano que se ha desarrollado en el último período, no tiene nada que ver con la existencia o inexistencia objetiva de sistemas fascistas, sino que, más bien, con la legitimación de las líneas políticas de las diversas organizaciones desplazadas por las dictaduras militares, especialmente en los países del Cono Sur¹.

Sin embargo, de fascismo se ha venido hablando hace largo tiempo en América Latina. Aparte de que los partidos comunistas ya lo habían comenzado a hacer en los años treinta para referirse a gobiernos populistas y, precisamente, a los más democráticos de ellos (Perón, en Argentina, Grau San Martín, en Cuba), el término alcanzó cierta divulgación a partir del establecimiento de la dictadura brasileña en 1964.

Por lo común, se le ha utilizado como sinónimo de dictadura. Se trataba fundamentalmente de denunciar torturas, arbitrariedades, violaciones a los derechos humanos, en general. Esta es la concepción más vulgarizada de fascismo. Sus objetivos son, antes que nada, propagandísticos.

Pero tal efecto propagandístico ha penetrado también al nivel de los análisis socioeconómicos, condicionando que muchas personas sigan utilizando el término fascismo para referirse a cualquier dictadura latinoamericana, independientemente a sus orígenes, estructura interna o función política. Así, por ejemplo, Gérard Pierre-Charles no sólo confiere rango fascista a los nuevos regímenes dictatoriales sino que, incluso, a dictaduras de viejo cuño. Así nos dice:

¹ A ese período terminado lo designaremos haciendo uso de una "periodización larga" de democracia populista o período del Estado populista. Eso no significa que siempre los movimientos o estados populistas hubieran regido, sino que las estructuras de poder fueron transformadas de una dominación excluyente heredadas desde la colonia a una dominación participativa. En otras palabras, dada la importancia distributiva del Estado, el esquema de democracia parlamentaria está condenado en América Latina a transformarse en democracia populista. No es el Estado el que sanciona la relación con los grupos, sino que estos últimos regulan en su continua lucha, su relación con el Estado. El Estado mismo es periódicamente transformado, aunque esta transformación no sea más que un círculo vicioso de compensación hacia uno u otro costado de la sociedad. Bien, en América del Sur, ese Estado terminó. No sabemos si para siempre. No somos adivinos.

"Este modelo de control de la economía por el imperio Trujillo puede sustituir a la burguesía, que por su misma debilidad orgánica no ha llevado a cabo su revolución democrática y se encuentra incapaz de tomar en sus manos la dirección de la sociedad y el Estado. Así, el fascismo, suple el esquema de organización social tradicional y transforma la economía agraria primitiva en moderna economía de enclaves y de manufacturas, que desempeña eficazmente su papel en la división internacional del trabajo impuesta por el imperialismo. Proyecto que se logró en la República Dominicana, mientras que en Nicaragua el fascismo sigue desempeñando el papel fundamental"².

Al final de cuentas, con argumentaciones como las citadas, el fascismo se reduce sólo a dos componentes: dictadura y dominación del gran capital imperialista, con lo que todas las dictaduras que existen, no sólo en Latinoamérica, sino que en todos los países capitalistas, serían fascistas. Somoza, Trujillo, Stroessner serían lo mismo que Pinochet, Videla y Baptista Figueredo, y estos últimos lo mismo que Franco, Mussolini y Hitler.

Argumentaciones como estas, conjuntamente con representar la concepción más vulgar del fascismo, repiten también errores comunes en la comprensión general de ese sistema, a saber, que el fascismo cumpliría en ausencia de una burguesía, objetivos esencialmente modernizadores, destinados a desarrollar el capitalismo en los diversos países en donde se implanta³. Tal error tiene sus orígenes ideológicos en la universalización de la teoría leninista del imperialismo que hizo suya la III Internacional y que sirvió de base tanto a su teoría catastrófica de la revolución, tanto a las diversas concepciones ultraizquierdistas y derechistas que desde 1922 a 1935 elaboró en torno de la temática del fascismo. Así, el fascismo, pese a ser reaccionario en un sentido político, aparecía como progresivo en un sentido económico, ya que ante la ausencia de una burguesía, como instrumento del capital imperialista, se encargaría de desarrollar las fuerzas productivas capitalistas que terminarían liquidándolo, abriéndose de este modo las puertas para la "dictadura del proletariado". Incluso se le confirió al fascismo un rol positivo, ya que así destruía las ilusiones democrático-burguesas "en las masas". Así, en mayo de 1922, el PC italiano formulaba:

"Es cierto que la reacción blanca puede mostrar rápidas victorias sobre un enemigo que así paga su pésima preparación, pero, por otra parte, liquida las ilusiones democráticas y liberales y destruye la influencia de la socialdemocracia en las masas"⁴.

² Gérard Pierre-Charles, "Fascismo y Crisis del Capitalismo" en *El Control Político del Cono Sur*, México 1978, pág. 19.

³ Para una crítica del fascismo como modernización Reinhard Kühnl, *Fachismustheorien*, Hamburgo 1979, pág. 152.

⁴ Citado por A. Tasca, en Bauer, Marcuse, Rosenberg, *Faschismus und Kapitalismus*, Frankfurt 1967, pág. 179.

Tal perversión en la apreciación política del fascismo se mantuvo durante muchos años al interior de la Internacional Comunista. Por ejemplo, el Presidium de esa Internacional señalaba con relación a la situación en Alemania:

"En la medida en que la implantación de una abierta dictadura fascista destruye las ilusiones democráticas de las masas y las libera de la influencia de la socialdemocracia, ella acelera la vía de Alemania hacia la revolución proletaria"⁵.

Los absurdos citados, que se inspiraban en la crisis final del capitalismo "en su fase imperialista", no corren sólo en la cuenta de las estupideces de Stalin como nos consuelan los trotskistas, sino que permanecen todavía vivos, recabando la herencia de las peores políticas de la Internacional Comunista. Así, poco tiempo después del golpe de Pinochet, Ruy Mauro Marini escribía que desde entonces "la lucha de clases se simplificaba". Más todavía:

"...A través del desenlace del proceso puesto en marcha por la unidad del pueblo, éste se encuentra en situaciones privilegiadas, para hacer saltar por los aires el yugo reformista que desde decenios le había impuesto la pequeña-burguesía"⁶.

En contra de los triunfalismos de ayer y de hoy que ven aspectos positivos, incluso en dictaduras que destruyen al propio movimiento de masas, son válidas las palabras de Palmiro Togliatti:

"...algunos compañeros han reemplazado la afirmación de Marx en el sentido de que entre el capitalismo y el socialismo existiría un proceso de transición, esto es, la dictadura del proletariado, por la afirmación de que entre el capitalismo y el socialismo sobrevendría un período de dictadura fascista"⁷.

Ahora bien, decir como G. Pierre-Charles que Trujillo era fascista es un contrasentido que no merece mayor comentario. Pero, por otra parte, no es sino la natural y lógica consecuencia de una construcción ideológica que al definir el fascismo como "la abierta dictadura de los más reaccionarios, de los más chauvinistas y de los más imperialistas elementos del capital financiero", de acuerdo con las palabras de Dimitrov en el VII Congreso de la Internacional Comunista, cualquier dictadura de nuestro tiempo puede ser calificada como fascista. Así se termina por convertir al fascismo en un producto objetivo de ese nuevo Espíritu Universal, que es el Imperialismo, pasándose por alto cualquier referencia a los basamentos reales en que se sustentarían esos supuestos fascismos.

⁵ Citado por Tasca, *op. cit.*, pág. 179.

⁶ R. M. Marini, Die abhängige industrielle Entwicklung in Chile und die Krise des Herrschaftssystems, en Sonntag **Lateinamerika: Faschismus und Revolution**, págs. 93-94.

⁷ P. Togliatti, **Lektionen über den Faschismus**, Frankfurt 1973, pág. 14.

El término fascismo comenzó a actualizarse intensivamente en América Latina después del derrocamiento del gobierno de la UP, en Chile. Posteriormente, el derribamiento de Isabel Perón, y la gradual ascensión de los militares uruguayos, hicieron posible conectar estos regímenes con las dictaduras brasileña y boliviana, formándose un cuadro de "internacionalización del fascismo" e incluso de "fascistización de América Latina".

En relación con el caso chileno, antes de que se hiciera cualquier tentativa para analizar al régimen de Pinochet, ya se hablaba del "fascismo chileno". Particularmente, el Partido Comunista de Chile no ha cesado de referirse al régimen como fascista, prácticamente en todos sus documentos. Es que el PC, ya al día siguiente de la caída del gobierno popular tenía una política claramente definida, a saber: formación de un frente amplio de clases a través de la asociación entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular cuya conducción organizativa estaba, después del golpe, casi totalmente controlada por este partido. A la inversa del razonamiento de Dimitrov, exponente de la última (y por eso mismo, la definitiva) de las muchas teorías sobre el fascismo que elaboró la III Internacional, quien para enfrentar al fascismo buscaba la creación de Frentes Populares, los comunistas chilenos proponían para enfrentar a su Frente Popular, la existencia de un fascismo. Los teóricos, militantes o simpatizantes del PC, como siempre, sólo tendrían de ahora en adelante que encontrar los argumentos necesarios para tratar de demostrar lo que en el plano de las tareas políticas ya estaba decidido.

El PC chileno, más que entender al régimen de Pinochet como fascista, entendía a nivel empírico **la eficacia práctica del término antifascismo**, es decir, la posibilidad de unir frente a un enemigo común a diversas fuerzas políticas y sociales. En razón de esta eficacia, el término fascismo se utiliza hoy en día para caracterizar a regímenes de diversa naturaleza. Como escribe Wolfgang Wippermann:

"Ya parece casi que el antifascismo, como vocable político y como ideología, es históricamente más importante y más eficaz que el propio fascismo"⁸.

Pero el uso abusivo del término fascismo para facilitar políticas de coalición pre-determinadas, ha terminado por bloquear una teoría sobre el propio fascismo y los procesos de fascistización. Ello es bastante remarcable en los PC latinoamericanos. No podemos en este sentido sólo coincidir con una crítica de Joseph Comblin:

"Pero se ha abusado tanto de la palabra fascismo que ha terminado por no significar nada. Los marxistas se la han aplicado a todos sus adversarios, indistintamente, de tal manera que la palabra ya no significa sino una injuria"⁹.

8

W. Wippermann, *Faschismustheorien*, Darmstadt 1972, pág. 1.

El fascismo visto como una larga marcha

Siendo, pues, la dictadura de Pinochet o una de las precursoras en la generalización referente a un fascismo latinoamericano, conviene detenerse en el tipo de argumentación que el historiador comunista chileno Hernán Ramírez emplea para demostrar la existencia de fascismo en Chile¹⁰.

La tesis central de H. Ramírez es que en Chile, en tanto país capitalista, el fascismo se presentaba en estado latente desde antes que, a su juicio, cristalizara. Se trata, en consecuencia, de una larga marcha del fascismo, cuyo punto culminante sería el golpe de 1973. La conformación del fascismo la encuentra en 1965, coincidiendo con el inicio del gobierno de la Democracia Cristiana. Pero, desde antes, el fascismo venía avanzando. Citemos:

"El fascismo en cuanto expresión política-social e ideológica tuvo presencia en Chile, muy insignificante por cierto, con anterioridad a 1965. No se presentó con los rasgos de un movimiento único ni de un conjunto de movimientos convergentes, que progresaran sostenidamente hasta lograr el vigor necesario para conquistar el poder en septiembre de 1973"¹¹.

Desde ya podemos anotar una diferencia radical con H. Ramírez. Si el fascismo no se presentó "como movimiento único ni como conjunto de movimientos convergentes", significa simplemente que **el fascismo no se presentó. Porque el fascismo es antes que nada un movimiento o movimientos.** La presencia del fascismo en la forma de ideología o en la forma de partido no avala la existencia de éste, sino que en la medida en que se transforma en un movimiento de masas. En este punto estamos de acuerdo con Reinhard Kühnl, quien sostiene:

"La primera especificidad consiste en que el sistema fascista logra la toma del poder con ayuda y apoyado sobre un movimiento de masas. Esto significa, que con la ayuda de tal movimiento de masas llega al poder, y que, cuando ya se encuentra en el poder, penetra hasta el último rincón de la sociedad, la cubre ideológicamente, la manipula y la controla, con la ayuda de un amplio sistema de organizaciones de masas"¹².

⁹ Joseph Comblin, *El Poder Militar en América Latina*, Salamanca 1978, pág. 109.

¹⁰ Hernán Ramírez, *El fascismo en la evolución política de Chile*, en Araucaria de Chile, Núm. 1, 1978, Madrid, págs. 9-35.

¹¹ H. Ramírez, *op. cit.*, pág. 9.

¹² Reinhard Kühnl: *Faschismus - Ursachen gesellschaftliche Funktion und Bedeutung in der Bundesrepublik*, en Abendroth, Kühnl, Rossaint y otros, *Faschismus und Militarismus*, Frankfurt 1973, pág. 19.

Luego de su enunciado, H. Ramírez nos presenta una serie de acontecimientos y fenómenos políticos que, a su juicio, son precursores del "fascismo". Así, en las expresiones más reaccionarias y antiliberales del viejo partido Conservador durante el siglo XIX ve elementos "protofascistas"¹³.

Con esto podemos anotar una segunda diferencia con H. Ramírez. No nos parece coherente desde nuestro punto de vista, pero ni aún desde el propio punto de vista del autor que comentamos, la identificación del fascismo o de sus antecedentes, con los sectores más reaccionarios de Latinoamérica (en este caso Chile). Pues si aceptamos que el fascismo se identifica con los intereses del gran capital, a los antecesores del fascismo tendríamos que encontrarlos más bien en los llamados grupos "liberales", ya que estos eran representantes objetivos del gran capital internacional y nacional, y no en los conservadores antiliberales y ultramontanos que no estaban precisamente interesados en un desarrollo intensivo del capitalismo local, que a la larga debilitaría sus "intereses de posesión" (fundamentalmente agrarios), debido al ascenso de las "clases de producción" (burguesía empresarial, financiera e industrial). Que estos sectores conservadores se manifestaran ocasionalmente en contra de la democracia parlamentaria, es otra cosa totalmente distinta.

Lo que realmente ocurría en aquel período era que sectores conservadores, en representación fundamentalmente de los grupos terratenientes, hacían resistencia a desarrollo del capitalismo local, contra una burguesía en formación, dependiente del capital inglés y que se presentaba políticamente con ropajes republicanos. Ver en esos reaccionarios conservadores precursores ideológicos de un supuesto fascismo, o por lo menos del gobierno de Pinochet, es absolutamente inconsistente. Por supuesto, ésta no es tanto una incoherencia del autor, sino que de la línea política que él suscribe. Pues el PC chileno, al igual que otros en el continente, se preocupó, por lo menos desde 1938, por descubrir en la historia del país una burguesía nacional progresista, frente a la cual el proletariado pudiese constituirse como aliado y continuador. El pequeño problema es que esta burguesía nacional nunca apareció como tal, sino que siempre se constituyó en alianza subordinada con el capital inglés primero, norteamericano después¹⁴. De ahí que hoy en día, cuando el PC chileno procura imponer la tesis del fascismo, se encuentra en un real atolladero. Pues, o se acepta que existe fascismo como gobierno de los representantes del capital de acuerdo con las tesis últimas de la III Internacional (lo que estamos lejos de suscribir), o se adjudica el término fascismo a aquellas viejas oligarquías que se han resistido a ocupar un lugar secundario bajo la hegemonía del gran capital, con lo cual el fascismo sería algo totalmente distinto a la definición que los mismos PC proclaman como correcta.

¹³ H. Ramírez, *op. cit.*, págs. 9-10.

¹⁴ Son muchos los trabajos escritos sobre este tema. Ver especialmente, A. G. Frank, *Capitalism and development in Latin America*, New York 1967.

H. Ramírez prosigue haciendo un recuento de las distintas organizaciones reaccionarias que aparecían en Chile, como las llamadas Ligas Patrióticas surgidas en 1911, hasta culminar en 1927 con la dictadura del general Ibáñez a la cual califica de "dictadura militar fascistoide" (por qué fascistoide y no fascista, no es explicado por H. Ramírez¹⁵). En verdad, de acuerdo con las apariencias, tal dictadura presenta una serie de rasgos similares a lo que se denomina (no sabemos muy bien por qué) "fascismos clásicos". Ibáñez surgió sobre la base de un movimiento social amplio, en contra de la corrupción administrativa y, sobre todo, en medio de la gran crisis económica mundial. En el poder, se constituye en el representante más directo del capital norteamericano en contra del imperialismo inglés, la ideología del régimen presentaba rasgos corporativistas, era contemporáneo del fascismo italiano, etc. De atenernos a las simples conclusiones que se desprenden del análisis de las formas, tendríamos que deducir que de las dictaduras latinoamericanas (conjuntamente tal vez con el primer gobierno de Getúlio Vargas, en Brasil) es la que más se aproximaría a una apariencia fascista, y, por sus mismas características, fue mucho más "fascista" que la actual de Pinochet. Pero en la historia hay que saber diferenciar el contenido de las formas. Independiente a las formas fascistas o fascistoides de tal gobierno, él fue fundamentalmente un paréntesis en medio de la tendencia populista dominante, iniciada en Chile con el gobierno-movimiento de Arturo Alessandri en 1920, y terminada recién en 1973. Si bien el fascismo llegó a existir de manera parcial, bajo la forma de movimiento, no logró conformar plenamente un sistema político de dominación, en gran medida saboteado también por la heterogeneidad de compromisos contraídos por la propia dictadura.

Aquello que tenía lugar en Chile, como en toda América Latina hasta nuestros días, era la antinomia entre la forma populista de gobierno y la forma autoritaria militar y/o burocrática, antinomia que en la mayoría de los países latinoamericanos constituye una rotación constante. **La particularidad del caso chileno es que logró, mejor que en otros países, institucionalizar la forma populista**, gracias sobre todo a la relación existente entre un fuerte y organizado movimiento sindical, un parlamento de facultades limitadas y un ejecutivo revestido de garantías autoritarias. Ello permitió que las contradicciones que genera el populismo como movimiento se vieran amortiguadas, por una parte, por la canalización institucional de los conflictos a través de la mediación sindical-parlamentaria y, por otra, debido a la existencia de un Estado, con un ejecutivo autoritario y provisto de los mecanismos que aseguran una relativa autonomía política, con unas fuerzas armadas nunca limitadas en sus funciones represivas y con misiones gestoras no sólo en el campo de la distribución del ingreso, sino que, sobre todo, en el de la producción¹⁶. Visto entonces este fenómeno desde la perspectiva de la "periodización larga" no vemos el por qué se justificaría llamar fascista o fascistoide al primer y único intento de contener los

¹⁵ H. Ramírez, *op. cit.*, pág. 15.

¹⁶ He analizado este problema en mi libro, *Del Frente Popular a la Unidad Popular*, Frankfurt 1975.

desbordes de masa del naciente Estado populista, y no llamar fascistas a las diversas dictaduras que han rotado en casi todos los países latinoamericanos, independientes de las formas que ellas han asumido, pero siempre con el preciso objetivo de reconstruir las estructuras de dominación, parcialmente deterioradas por las explosiones populistas¹⁷.

H. Ramírez prosigue intentando demostrar de qué manera se venía incubando el fascismo como ideología en el seno de las clases dominantes chilenas. Así se refiere a las actividades del grupo nazi Movimiento Nacional Socialista (MNS), el que después fue absorbido por los propios partidos tradicionales de derecha e inclusive, algunos de sus miembros lo fueron por la naciente Democracia Cristiana, que en ese tiempo se confesaba seguidora de la falange española de Primo de Rivera¹⁸.

Pero independiente al valor histórico de los datos que aporta el autor, van quedando claros dos aspectos:

1. que los grupos fascistas nunca se convirtieron en una fuerza social significativa y
2. que ellos fueron, de una manera u otra, absorbidos por el aparato institucional sin que su "entrismo" lograra fructificar.

Queda también claro que en la derecha chilena había muchas personas que eran y que son fascistas. Pero, ¿en qué derecha de qué país no las hay?

Incluso Ramírez cree ver elementos fascistas en un movimiento político de ocasión: el Partido Agrario Laborista que en 1952 llevó al general Ibáñez por segunda vez al gobierno, esta vez respetando todos los cauces institucionales. Nuestra interpretación aquí es distinta. Tal movimiento fue la más acabada expresión del populismo chileno, la única vez en que pudo cristalizar en la forma de movimiento-partido, orgánico y de masas. Ahora bien, si se analiza cualquier movimiento populista latinoamericano se verá que en su difuso universo ideológico se encuentran conceptos que bien podrían ser tomados por fascistas, tanto en los populismos de "derecha" como en los de "izquierda". Pero esto sería dejarse nuevamente llevar por las formas. Más aún, en sociedades como las latinoamericanas, la utilización de una demagogia como la fascista, tendería por lo general a poner en movimiento fuerzas sociales comprimidas que amenazarían con rebalsar los estrechos límites de los sistemas económicos. Por ello no es de extrañar que, por lo general, los movimientos populistas atraviesen por tres fases:

¹⁷ Jacques Zylberberg en su artículo Estado-corporativismo-populismo. Contribución a una sociología política de América Latina, toma tres grandes periodos, los cuales subdivide en diversas fases: Estado patrimonial, Estado nacional-populista, y Estado monista-corporativista. Ver **Estudios Sociales Centroamericanos**, Costa Rica, septiembre-diciembre 1977, pág. 77.

¹⁸ H. Ramírez, **op. cit.**, pág. 21.

1. Fase de ascenso y explosión, en donde surgen las más diversas ideologías, incluso las más radicales, cuya función es mantener la cohesión de una gran heterogeneidad social, y especialmente la adhesión de los grupos sociales subalternos, que son movilizados para romper la resistencia de los sectores más tradicionales de la sociedad.

2. Fase de institucionalización, donde los núcleos dirigentes del populismo, generalmente centristas, se reducen con el objetivo de mantenerse en el gobierno, al mero papel de administradores del Estado, restringiendo o seleccionando el sistema de compensación económica y política hacia los grupos subalternos y estableciendo relaciones u otorgando concesiones a los antiguos sectores tradicionales. Por lo general, este giro "a la derecha" va acompañado de una mayor delegación de poder efectivo a las fuerzas armadas.

3. Fase de desintegración que se expresa por lo común en dos fenómenos. Por una parte, el núcleo centrista del populismo se subordina totalmente a los sectores tradicionales o a sus representaciones burocráticas y/o militares del Estado y, por otra parte, toma cuerpo una "izquierda" que rara vez rompe con el núcleo central del movimiento, pero que a la vez y por lo mismo, es extremadamente demagógica y utópica.

Tales fases, naturalmente con múltiples combinaciones, se repiten no sólo de un país a otro, sino que de un período a otro en un mismo país. En Chile, aún la Democracia Cristiana y la UP, sin ser organizaciones auténticamente populistas sino que partidos-movimientos de masas en el marco de un régimen de populismo institucionalizado, atravesaron por las mismas fases.

Lo que Ramírez confunde con ideología fascista en Chile no era sino la expresión ideológica de un movimiento populista en su fase de explosión o de ascenso. Su celo en la búsqueda de rasgos fascistas, lo obliga a tomar elementos sueltos sin penetrar en la naturaleza real de los movimientos a los cuales corresponde una determinada ideología.

Sin embargo, la principal tesis del autor es que el fascismo logró cristalizar en 1965. Su punto de arranque lo ve en la formación del Partido Nacional que unificó a los dos partidos tradicionales de la derecha chilena, el Conservador y el Liberal.

"El surgimiento del Partido Nacional significa que la parte medular y mayoritaria de la burguesía abdicó de sus tradicionales posiciones ideológicas, de raigambre liberal, pasando a deslizarse por el plano inclinado que lo conduciría a su fascistización"¹⁹.

¹⁹

H. Ramírez, *op. cit.*, pág. 24.

Paralelamente al Partido Nacional, microorganizaciones fascistas como Fiducia, la Sociedad Chilena para la Defensa de la Tradición, la Familia y la Propiedad, y el ultrareaccionario Opus Dei²⁰ aparecerían como signos de la fascistización de la derecha.

Una de las causas de este ascenso del "fascismo" lo encuentra Hernán Ramírez en que:

"... el reformismo demócratacristiano había demostrado su ineficacia como factor de protección"²¹.

La otra causa del "fascismo" la encuentra en "la creciente potencia del movimiento popular antiimperialista"²² y en las posibilidades que el régimen democrático burgués llegó a ofrecer a las fuerzas populares.

Efectivamente, el PN se constituyó en un punto de confluencia de fracciones burguesas y de la oligarquía más tradicional del país. Se puede estar de acuerdo también con el autor en que dentro de ese partido había muchos elementos fascistas. Pero no hay que olvidar que el PN, en caso de que fracasaran sus alternativas electorales, puso todas sus expectativas en crear las condiciones para un golpe de estado. Es decir, no se postulaba el mismo como alternativa política sino que delegaba esas atribuciones a otra fuerza que Ramírez muy poco menciona y que tiene alguna importancia en Chile: el Ejército. Aquello que a nuestro juicio confunde H. Ramírez es **fascismo con golpismo**. Pues es un rasgo distintivo de cualquier partido fascista ofrecerse a sí mismo como alternativa, y no por medio del mecanismo de la delegación política. Por otra parte, el PN, como muy pocos, es un auténtico partido de clase, es decir, no es pluriclasista como son los partidos fascistas. En él se expresaban los intereses de la más tradicional oligarquía y de sectores especulativos y parasitarios de la burguesía chilena. Si bien "los industriales" apoyaron a Alessandri en 1970, lo hicieron sólo condicionalmente; no porque el PN tuviese un proyecto de "desarrollo industrial" como la Democracia Cristiana, por ejemplo, sino que como carta por jugar contra la posibilidad Allende. Debido a su extremo carácter de clase el mismo partido limitó sus posibilidades de apertura social, y pese a que ocasionalmente concitó el apoyo electoral de grupos intermedios, tampoco se preocupó de ofrecer un programa, por demagógico que fuera, a estos sectores. Ni hablar de su ninguna inserción en el proletariado. Es difícil entonces, sino imposible, imaginar como fascista a un partido que nunca puede, ni pretende tampoco, convertirse en el partido orgánico de la clase media, de la pequeña burguesía y de fracciones del proletariado y al cual hasta la propia burguesía industrial le dio un apoyo temporal muy condicionado. Pues, si un partido fascista se convierte en fuerza

20 H. Ramírez, *op. cit.*, pág. 27.

21 H. Ramírez, *op. cit.*, pág. 29.

22 H. Ramírez, *op. cit.*, pág. 30.

atractiva para el capital imperialista, **es precisamente por su carácter de masas**. Como escribe Nolte:

"Hitler no fue poderoso porque los capitalistas lo financiaron sino que algunos capitalistas lo financiaron porque los métodos específicos de su agitación eran eficaces"²³.

El PN debido a la ausencia sino de masas, de una política de masas, no podía merecer el privilegio de ser "el partido del imperialismo", aunque el partido era proimperialista. Precisamente por ello optó por delegar las armas de la política a la política de las armas.

No es casualidad que tanto Mussolini como Hitler no hubieran llegado al poder por la vía del golpe de estado. Tenían la fuerza social para que ello no fuera así. No queremos decir aquí que un partido fascista no pueda utilizar el mecanismo de un golpe, pero un partido esencialmente golpista no se convierte automáticamente en un partido fascista. Ya Palmiro Togliatti prevenía en contra del error de confundir al fascismo con cualquier forma de terror reaccionario:

"Ante todo quiero examinar el error de generalización que se comete ordinariamente al hacer uso del término fascismo. Se ha convertido ya en costumbre el designar con esta palabra toda forma de reacción"²⁴.

Por último, ¿por qué Hernán Ramírez no designa también a Frei y a su sector dentro de la Democracia Cristiana como fascista?. Por representación de intereses, por objetivos golpistas, por su carácter reaccionario no se diferenciaban esencialmente del Partido Nacional. Incluso tenían el apoyo de masas que les faltaba a los primeros. Naturalmente estamos aquí lejos de afirmar que Frei y la derecha demócratacristiana eran o son fascistas. Pero de acuerdo con los criterios utilizados por Ramírez no tendrían cómo escapar a tal calificativo.

En suma:

1. Independientemente a los datos históricos que provee Ramírez, no tiene éxito al tratar de demostrar que el fascismo en Chile correspondería a un proceso de largo desarrollo histórico, continuo, a pesar de algunas interrupciones.
2. Entra en contradicción con la definición de fascismo que postula su propia organización al calificar como fascistas, o precursores del fascismo, a los representantes del viejo tronco oligárquico y no a los representantes más directos del gran capital, desde los antiguos liberales a los modernos demócratacristianos.

²³ Ernst Nolte, *Die Krise des liberalen Systems un die faschistischen Bewegungen*, Mün chen 1968, pág. 451.

²⁴ Palmiro Togliatti, *La vía italiana al socialismo*, México 1972, pág. 12.

3. Busca rasgos fascistas dispersos en distintas organizaciones y movimientos cuya naturaleza social es contraria a lo que se entiende, aun en los términos más generales, por fascismo.

4. Confunde al fascismo con la simple reacción y el golpismo. Y aún dentro de esta confusión excluye casi totalmente de su análisis a las Fuerzas Armadas.

5. Utiliza criterios puramente formales para calificar como fascista a determinadas fuerzas.

6. Por último, Ramírez prueba así lo difícil que es escribir la historia al revés, es decir, lo inconducente que es retroceder al pasado para demostrar lo que se considera ya demostrado.

De cómo se demuestra la no existencia del fascismo latinoamericano al querer comprobarse su existencia

Por lo menos debemos reconocer a H. Ramírez que se haya preocupado por encontrar argumentos que sirvieran a la caracterización de fascista que los PC atribuyen a las dictaduras latinoamericanas. Pues hay otros autores que no se preocupan de ello. En tanto el fascismo aparece determinado por una línea política, quiere decir que el fascismo existe. Uno de estos autores. A. Cueva, escribe:

"La forma de control político actualmente vigente en el Cono Sur de América Latina no es más que la modalidad específica de la dictadura terrorista que el capital monopólico implanta en determinadas circunstancias. Se trata, por tanto, de la fórmula de dominación fascista, adaptada a la necesidad imperialista de asumir el control omnímodo de los países dependientes, con el fin de extraer de ellos la máxima cantidad posible de excedente económico"²⁵.

A. Cueva nos explica que el capital (como sujeto) implanta dictaduras terroristas "en determinadas circunstancias". Se trata "por tanto" de la fórmula de dominación fascista. Se trata por tanto, agregamos, de que A. Cueva también confunde la simple dictadura terrorista con los sistemas fascistas. Al parecer, su premisa son las muy generales frases de Dimitrov de donde se desprende la mecánica relación entre capital financiero + dictadura = fascismo.

Según A. Cueva, el fascismo latinoamericano se caracterizaría por los siguientes rasgos:

²⁵ A. Cueva, La política económica del fascismo en América Latina, en el **Control Político del Cono Sur**, op. cit., pág. 100.

- desnacionalización de la economía
- desmantelamiento del sector capitalista de Estado (no monopolístico)
- pauperización absoluta de la clase obrera
- cancelación del Estado benefactor
- centralización del capital
- transformación promonopolística del agro.

No se necesita gran conocimiento sobre las dictaduras fascistas que han existido para darse cuenta que aquello que A. Cueva presenta como características del fascismo latinoamericano, constituyen en su mayoría todo lo contrario a un régimen fascista. Vamos por partes:

1. **Desnacionalización de la economía.** El fascismo en tanto ha encontrado su punto de inserción histórica en países en donde existía un determinado desarrollo capitalista, se presentó fundamentalmente en su forma expansiva, e incluso imperialista. En gran medida el fascismo ha llevado a cabo un proceso de captación de los excedentes económicos a partir del Estado con el objetivo de impulsar el desarrollo de un capitalismo imperialista, lo que no significa que debido a este desarrollo el fascismo fuese "modernizador". Por el contrario, precisamente el mantenimiento de las estructuras sociales más arcaicas se apoyaba en la expansión, hacia afuera, o dicho en otras palabras, se compensaba al capital con la expansión por lo que no se le daba en el plano local debido al mantenimiento de relaciones con los sectores no o semi-capitalistas. Pero, aún aceptando que el carácter no imperialista sino que simplemente proimperialista fuese (con excepción de Brasil) un rasgo peculiar del "fascismo latinoamericano", tendríamos que consignar que la llamada "desnacionalización de la economía" (lo que a su vez implica suponer que alguna vez en alguno de nuestros países hubiese existido una economía auténticamente nacional) se realiza con mucha anterioridad al advenimiento de las dictaduras militares. En varios países, la penetración acelerada del capital extranjero ha tenido y tiene lugar bajo la existencia de gobiernos republicanos y aún "nacionalistas". Una comparación entre el gobierno de Frei y la dictadura de Pinochet en Chile, por ejemplo, arrojaría con bastante claridad que el monto de las inversiones extranjeras fue mucho más elevado en el primero, con lo que de nuevo tendríamos que concluir que Frei es más fascista que Pinochet, cosa que no suscribimos, pero que se desprende de la propia lógica economicista de A. Cueva.

Lo que sí han llevado a cabo las nuevas dictaduras militares ha sido limitar el radio de acción de sectores empresariales también dependientes, pero volcados al mercado interno, con los cuales los gobiernos civiles habían establecido una

relación negociada. Pero en esencia, la llamada desnacionalización económica precede a tales dictaduras.

2. Desmantelamiento del sector capitalista de Estado (no monopólico). En esta segunda afirmación A. Cueva alcanza el cenit de la inexactitud. ¿Desde cuándo las dictaduras fascistas desmantelan al sector capitalista de Estado? Precisamente la característica económica fundamental de todas las dictaduras fascistas ha sido el desarrollo casi vertiginoso del capitalismo de Estado. Como que se diera cuenta del disparate formulado. A. Cueva agrega en paréntesis "no monopólico" con lo que no hace más que cometer un disparate todavía mayor. ¿Existe acaso un sector capitalista de Estado que no sea monopólico? El capitalismo de Estado es el monopolio capitalista en manos del Estado. El capitalismo de Estado no puede ser sino monopólico o si no, no es ni capitalista ni es de Estado.

3. Pauperización absoluta de la clase obrera. Por supuesto que los regímenes fascistas no se han erigido a favor de los intereses de la clase obrera. Pero una de sus características es que han llevado a cabo un proceso de desarrollo de la industria, especialmente de la industria bélica. Esto, tanto en Alemania como en Italia tendió a expresarse en la disminución de la cesantía, y en Alemania incluso se alcanzó la plena ocupación. Ello es claro porque en Italia se contaba con el "Mediodía" que preactuaba como zona de formación tanto de superpoblación relativa, como de ejército industrial de reserva. En cambio en Alemania, las "reservas" proletarias eran mucho menores, lo que es también una de las razones por las cuales el nazismo tuvo un carácter más imperialista que el fascismo, ya que en gran medida los trabajos forzados de los campos de concentración, e incluso los trabajos voluntarios de las organizaciones juveniles, intentaron llenar el hueco de la "reserva". Lo concreto es que las tendencias en esos países eran totalmente contrarias a las que se presentan bajo las dictaduras latinoamericanas, donde se observa, precisamente a partir de la industrialización dependiente, una desproletarización relativa de la población que se expresa en una desocupación crónica y estructural.

Lo que si es cierto es que tanto las dictaduras latinoamericanas, como las de tipo fascista, han destruido las organizaciones independientes de la clase obrera. Pero esto no es analizado por A. Cueva, ya que el objetivo de su trabajo es el análisis de los reflejos del imperialismo y no el de las relaciones sociales y políticas sobre las cuales se erigen las dictaduras. Sin embargo, aún esta destrucción de organizaciones políticas y económicas de los trabajadores es totalmente diferente en un régimen fascista a lo que ocurre en las dictaduras latinoamericanas. Pues todas las dictaduras fascistas han promovido una corporativización del trabajo en la forma de sindicatos paraestatales. Un teórico fascista, Giovanni Gentile, lo expresaba muy claramente:

"El fascismo (...) se propone reconciliar dos términos que hasta ahora aparecían como irreconciliables: Estado y Sindicato. Estado como poder jurídico de la

nación en sus organizaciones y en su unidad de funciones. Sindicato como forma jurídica del individuo en su actividad económica..."²⁶.

En efecto, todas las dictaduras fascistas impulsan la organización paraestatal o semiestatal de los trabajadores, es decir, no eliminan la representabilidad de estos últimos sino que la canalizan. Con respecto a la clase obrera el fascismo establece una relación autoritaria, pero al mismo tiempo de compromiso. El sindicato fascista opera así como "fuerza de contrapeso" que sirve también para regular y limitar la voracidad de los capitalistas privados frente al Estado. El sindicato fascista no es por cierto una concesión a los trabajadores sino que deriva de la propia necesidad del régimen fascista para mantener una relativa autonomía frente al capitalismo privado. El fascismo necesita una base obrera sobre la cual operar. Una política de pauperización absoluta es todo lo contrario a lo que han hecho y necesitan hacer las dictaduras fascistas para lograr el control sobre los trabajadores. No es extraño, por ejemplo, que la jornada de las ocho horas en Italia fuera implantada no por los socialistas sino por Mussolini. El capitalismo de acumulación salvaje que implantan las dictaduras latinoamericanas no tiene nada que ver con una política auténticamente fascista.

4. Cancelación del Estado Benefactor. Por lo general, se entiende por Estado Benefactor el Estado de compromiso establecido en la era de los populismos que distribuía los ingresos de acuerdo con la distinta capacidad de presión y de negociación de las diversas clases (sindical o corporativamente organizadas). Este Estado era una resultante de los movimientos populistas que cuando se convertían en régimen debían satisfacer una sumatoria de intereses heterogéneos y a menudo contradictorios entre sí. Es, si se quiere, una resultante de lo que también se ha denominado "sistema de clientelas".

Ahora bien, cualquier estudio sobre los regímenes fascistas deriva en la conclusión de que si bien todos ellos son instrumentos del gran capital, son también expresión de movimientos pluriclasistas, heterogéneos y contradictorios. De ahí que es tan fácil encontrar semejanzas formales entre algunos movimientos populistas latinoamericanos con los fascismos europeos (mucho más fácil en todo caso que entre las actuales dictaduras militares y esos fascismos).

Los regímenes fascistas no suprimen el llamado Estado Benefactor, sino que, por el contrario, lo desarrollan. Pero como al mismo tiempo se trata de regímenes dictatoriales, pueden racionalizar y regular los compromisos que contraen y los beneficios que ofrecen. Así, por ejemplo, en el plano de las obras públicas, transportes, seguros, los regímenes fascistas han trabajado con intensidad. Se trataba en lo fundamental para ellos de cohesionar el "frente interno" para facilitar su política de expansión externa. Por ello el sistema fascista, a la vez que incluye a vastos grupos dentro de su área "benefactora", excluye, incluso por

²⁶

Giovani Gentile, *manifest des faschistischen Intellektuellen an die Intellektuellen aller Nationen*, en Nolte, *Theorien über den Faschismus*, Köln-Berlin 1967, pág. 116.

medio del aniquilamiento físico o de programados genocidios, a todos aquellos sectores que permanecen fuera de su esfera de compromisos y clientelas.

El aniquilamiento del Estado Benefactor que tiene lugar bajo las dictaduras latinoamericanas no es en consecuencia una propiedad de los sistemas fascistas sino que un rasgo contrario a su propia racionalidad política.

5. **Centralización del capital.** Aquí A. Cueva confunde el concepto de centralización del capital con el de su concentración. Que hay concentración del capital bajo las dictaduras militares es algo indiscutible. Pero que esta concentración se centraliza es más que discutible. ¿Quién centraliza el capital y en dónde? Ello supondría la existencia de un capitalismo de Estado, con atribuciones tecnocráticas y burocráticas. Pero el mismo A. Cueva nos ha dicho que el capitalismo de Estado (no monopólico) es abolido por las dictaduras. ¿Cómo se entiende entonces?

6. **Transformación promonopólica del agro.** En primer lugar, las dictaduras militares latinoamericanas no llevan a cabo ningún proceso de transformación de la agricultura sino que, por el contrario, imponen la conservación de las formas latifundistas ya existentes, o restauran las propiedades latifundistas expropiadas por anteriores regímenes.

La relación entre las dictaduras y los latifundistas se establecen por lo común bajo la aceptación del siguiente compromiso: el Estado militar se preocupa de mantener bajo el precio de la fuerza de trabajo agrícola, y los latifundistas aceptan los sistemas de precio que les impone el capital en el mercado nacional, pero sobre todo en el exterior. En tanto el Estado militar vigila también el nivel bajo subsistencia de los salarios urbanos, a los capitalistas no interesa que los latifundistas sean compensados con elevados precios, ya que no hay temor inmediato que los trabajadores presionen por elevar sus condiciones de vida y tener así que hacer recaer parte de sus pérdidas en la contención de los precios de los productos alimenticios, es decir contra los latifundistas. Bajo las dictaduras militares funciona mejor que nunca la alianza entre la burguesía industrial y la oligarquía terrateniente. En el fascismo italiano y también en el régimen franquista este compromiso se mantuvo sin deterioro de los intereses derivados de la gran propiedad agraria. En Alemania, la sumisión de los agricultores al Estado ya estaba lograda antes del advenimiento del nazismo.

En cualquier caso, la alianza entre el latifundio y el capital no sólo es una propiedad de las nuevas dictaduras latinoamericanas. Somoza la representaba, incluso, personalmente. El era gran latifundista y gran capitalista a la vez. Mucho menos la transformación promonopólica del agro de la que nos habla A. Cueva. En Chile, por ejemplo, la transformación del agro tuvo lugar en la forma de reforma capitalista de la tierra bajo la democracia cristiana de Frei. La restauración, no la transformación, corre por cuenta de Pinochet.

A. Cueva ha entregado en realidad argumentos que demuestran lo falso que es la tesis del fascismo latinoamericano. Si alguien se hubiera propuesto, con deliberación, demostrar la inexistencia de ese fascismo, difícilmente lo hubiera logrado mejor que este autor.

Así, después que constata además la imposibilidad del "fascismo" de establecer bases de apoyo en los sectores medios y en la pequeña burguesía (que es lo mismo que constatar que no hay fascismo), llega a la conclusión sorprendente de que tales dictaduras serían fascistas, porque los ejércitos nacionales no son más que fuerzas de ocupación extranjera:

"Incapaz de asentarse siquiera en la organización corporativa civil, y más aún, de movilizar al pueblo en torno de la mística nacionalista, ese fascismo sólo puede existir entonces con la modalidad típicamente militar que conocemos y que corresponde al desarrollo propio del fascismo en los países ocupados"²⁷.

Es tan falso eliminar el factor externo para analizar cualquier dictadura latinoamericana, como deducir todos los acontecimientos y procesos que ocurran en cualquier país, de la pura dominación imperialista. Lejos estamos aquí de olvidarnos de la participación de EE.UU. en tantos golpes de estado. Lo anormal en todo caso es que no hubiera participado. El problema entonces no es que un golpe de estado sea financiado por el capital internacional, sino que por qué ese golpe puede ser exitoso en una parte y en un momento, y no en otra parte y en otro momento. Esa es la discusión que se busca eludir a través del puro análisis monocausal.

Decir por tanto que las dictaduras militares son simples tropas de ocupación puede ser aceptado quizás en un discurso electoral o en un panfleto retórico. Introducir tal "idea" al nivel del análisis es inadmisibile. Pero no nos engañemos.

A través de la construcción ideológica que nos presenta un país invadido por representantes del extranjero que se escondían en el propio territorio, subyace una ideología. El objetivo de tal construcción es mucho más claro que su propia formulación.

La teoría del ejército de ocupación se convierte en una coartada para bloquear la crítica. Pues si las razones de un golpe de estado si no corresponden sólo a la conjuración internacional, también deben ser buscadas en el desarrollo de la lucha de clases en cada país. Ello pasa por el análisis crítico y autocrítico de las organizaciones políticas que en ella participaban. Las erradas políticas del **conjunto** de la izquierda chilena, por ejemplo, caven en el inventario de las causas del golpe de Pinochet conjuntamente con la conjuración imperialista y sus "ejércitos nacionales de ocupación", o la simple "traición" de los generales a la amistad que le dispensaron algunos personeros del régimen. En otras palabras,

²⁷A. Cueva, *op. cit.*, pág. 115.

que la conjuración exterior logre derrotar a una izquierda apoyada en un movimiento de masas altamente organizado cuestiona la viabilidad estratégica, táctica y organizativa de esa propia izquierda.

Pero aun si aceptáramos que los ejércitos golpistas son ejércitos de ocupación, tampoco sería un argumento apropiado para hablar de fascismo en Latinoamérica. Sería lo mismo decir que cuando el ejército alemán invadió Polonia, ésta se convirtió en un país fascista. Y si todavía quisiéramos aceptar esto, tendríamos que deducir que el gobierno norteamericano es fascista porque de otra manera no se explicaría cómo un país no fascista puede generar fascismo en los países que "invade".

Aunque quizás A. Cueva sustente la teoría de que EE.UU. es fascista. El problema es que no la ha expuesto hasta ahora.

Variación sobre un mismo tema: el fascismo dependiente

Cierta experiencia nos ha enseñado a tener mucha desconfianza de los términos compuestos. Esto, desde la tesis staliniana del social-fascismo hasta la maoísta del social-imperialismo. Lo mismo ocurre con la tesis del capitalismo dependiente tan en boga durante los años sesenta. Ahora surge otra variación compuesta: fascismo dependiente. Por lo general los términos compuestos han servido para designar un fenómeno al cual un concepto no le corresponde y al que se le agrega otro para hacerlo caber en una estrategia política.

Es ya evidente que la teoría del fascismo latinoamericano - y A. Cueva lo demostraba muy bien - no posee ninguna legitimidad teórica ni científica. De ahí se explican entonces los intentos de modificarla a fin de salvar de alguna manera la coherencia política.

Así, por ejemplo, Alvaro Briones y Orlando Caputo sustentan la tesis del fascismo dependiente, el que sería distinto al "fascismo clásico" ya que en tanto este último se desarrolla como imperialista, el primero resultaría de las condiciones derivadas del avance imperialista²⁸.

Sin embargo, Briones y Caputo intentan no caer en un monocausalismo absoluto como A. Cueva y presentan una caracterización de la nueva modalidad de acumulación capitalista al interior de los países latinoamericanos. Para ello utilizan los antiguos esquemas de Pedro Vuskovic elaborados en principio para analizar la economía chilena.

²⁸ A. Briones y O. Caputo, "Acumulación y Fascismo Dependiente", en el **Control Político del Cono Sur**, op. cit.

Así, las economías latinoamericanas estarían divididas en dos sectores: uno dinámico, orientado a la producción de bienes durables, y otro vegetativo, orientado a la producción de bienes de consumo inmediato. Entre ambos, dada su desigual composición orgánica, existiría una permanente transferencia de valor desfavorable al sector vegetativo. El sector dinámico, orientado a satisfacer la demanda de los sectores de altos ingresos estaría controlado por el capital extranjero y continuaría reproduciéndose a un nivel tecnológico inalcanzable por el otro sector. Así tendría lugar la desnacionalización y descapitalización progresiva de la economía con todas las consecuencias conocidas: concentración monopólica de la producción y del ingreso, aumento permanente de la tasa de explotación, desempleo, etc.

Tal esquema no nos merece ningún reparo. El problema es cuando a partir de ahí los autores intentan extraer conclusiones que les sirvan fundamentar su tesis del fascismo dependiente. A juicio de ellos este "modelo de acumulación" ha redundado necesariamente en una reformulación del bloque de clase dominante.

Así, exponen:

"En estas condiciones, el desarrollo de esta nueva modalidad es tarea que sólo puede plantearse en condiciones de reformulación del bloque de clases dominante que permitió la primera etapa de desarrollo del sector industrial latinoamericano, vale decir, de la alianza entre el imperialismo, la burguesía interna y los sectores oligárquicos tradicionales. De él se margina en las actuales circunstancias a la vieja oligarquía, en tanto que la participación de la burguesía se reduce específicamente a la fracción detentora del gran capital"²⁹.

De acuerdo con Briones y Caputo la reformulación del bloque dominante se habría caracterizado por una retirada del viejo sector oligárquico y por la consiguiente hegemonía de la burguesía industrial dependiente. De ser este postulado cierto, las dictaduras militares serían representantes únicas del gran capital, y con ello se acercaría a la "idea" dominante en la definición económica (y economicista) del facismo, en el sentido que éste operaría únicamente como representante del capitalismo monopólico (o imperialista, o financiero).

Como ya vimos, H. Ramírez otorgaba el rango de fascistas a los representantes políticos de la vieja oligarquía con lo cual caía en una incongruencia con respecto a la propia caracterización del fascismo que él mismo suscribe. Briones y Caputo entienden la incongruencia que se desprende de una caracterización de ese tipo, pero en lugar de corregir la conclusión que de ella se deriva, construyen un esquema ideológico en donde la burguesía representante del gran capital aparece desplazando a la vieja oligarquía. Así, se desprende que las dictaduras militares no sólo serían modernizadoras en un sentido capitalista sino que, aún más, al desplazar al viejo tronco oligárquico, estarían realizando desde el poder las tareas

²⁹

Briones y Caputo, *op. cit.*, pág. 247.

correspondientes a una revolución democrático-burguesa, con el añadido, de que ella también sería impulsada por el imperialismo. De este modo Pinochet o Videla ya no podrían ser comparados con Hitler sino que con Bismark. No deja de ser paradójico que los dictadores también se crean representantes del progreso y de la modernidad. Pinochet por ejemplo, después de haber terminado la etapa de la reconstrucción nacional (o sea de la masacre masiva) anuncia una nueva fase: la de la modernización. La masacre sería entonces la premisa de la modernidad. En virtud de la segunda se legitima la primera. Pero aquí no necesitamos tomar en serio lo que los dictadores se imaginan que hacen si no lo que objetivamente son. Y ellos no son siquiera representantes de los intereses "modernos" del capital, **porque en ninguna dictadura latinoamericana han sido desplazados los sectores tradicionales oligárquicos**. Pero ni siquiera en el fascismo "clásico" ello fue posible.

Como destacaba A. Rossemberg:

"Tan pronto alcanzan la victoria los capitalistas buscan rápido un compromiso con los elementos feudales y conjuntamente con ellos se contraponen a los intereses democráticos y socialistas de las masas populares. De la tradición feudal proviene la ideología de la autoridad, de la disciplina, de las virtudes militares y formas de vida que son tan importantes para el fascismo"³⁰.

Aún más, en algunos países latinoamericanos, los tradicionales sectores oligárquicos han recuperado posiciones casi al nivel de las que sustentaban a fines del siglo XIX. En el hecho, lo que ha tenido lugar bajo el Estado militar es una redefinición en los términos de la alianza entre la burguesía dependiente y los antiguos propietarios tradicionales. En el marco de esta redefinición, estos últimos obtienen un mayor campo de acción económica y política que el que ocuparon durante tantos años de democracia populista. Con la excepción de Brasil donde sí se puede decir que la burguesía industrial dependiente ha impuesto su hegemonía a la oligarquía tradicional, **pero sin desplazarla**, sino que **asociándola** a sus intereses, en ningún otro país suramericano podemos observar semejante situación. Vanos fueron los intentos de la "revolución peruana" por limitar su poder; y la actual derechización de los militares también puede explicarse debido a esta impotencia "modernizadora", o dicho de otro modo: debido a que el populismo militar contó con la base de apoyo que podría haberle otorgado una pujante burguesía local. Naturalmente nadie, con excepción quizás de socialistas utópicos, podía esperar que los militares peruanos se constituyeran en vanguardia de un bloque revolucionario popular. En Argentina, su historia de permanentes crisis políticas no es sino el reflejo de las relaciones de indefinición hegemónica en el bloque de dominación, lo que a su vez creó las condiciones para que el embate populista fuera mucho más explosivo y persistente que en otras partes. En Chile, los sectores tradicionales han recuperado sus posiciones

³⁰ Arthur Rossemberg, *Der Faschismus als Massenbewegung*, en Bauer Marcuse, *op. cit.*, pág. 79.

perdidas no sólo en el período de la UP sino que también en el de la democracia cristiana, donde intentaron ser desplazados ya sea por los capitalistas agrarios, ya sea por sectores de la burguesía industrial que adquirían o arrendaban tierras, ya sea por las presiones que fueron objeto por parte de la burocracia y tecnocracia estatal a fin de transformar la renta de la tierra en ganancia capitalista.

En efecto, fue en los períodos de los gobiernos populistas y semi-populistas cuando los sectores tradicionales se vieron más acosados. Precisamente, tales períodos son también expresión de intentos por desplazar a tales grupos a través de la **utilización de la vía política**, mediante alianzas y relaciones de clientela de la burguesía industrial (o las tecnocracias civiles o uniformadas que pretendían ocupar su lugar) con sectores medios y trabajadores urbanos y agrarios. Sólo cuando para esa burguesía y/o para sus representantes estuvo claro que las alianzas populistas no aseguraban su rol hegemónico, o lo que es igual, que en el marco de estas alianzas los sectores subalternos encontraban rutas de movilización en contra de la propia burguesía industrial, se decidieron éstas a restablecer su antigua alianza con los propietarios tradicionales. **Este es principalmente el papel que cumplen las actuales nuevas dictaduras suramericanas**, esto es, la de restablecer la unidad en el bloque dominante, **sin desplazar a ninguna de las fracciones que lo conforman**, sobre las bases de una política de acumulación intensiva, con la consiguiente superexplotación de la gran masa de trabajadores. En otras palabras, las antiguas "clases de posesión" se relacionan con las "clases de producción", bajo la égida de un Estado Militar que regula y arbitra las relaciones entre estas dos fracciones³¹. La estabilidad de los regímenes militares proviene precisamente del hecho de que ellos cementan la unidad del bloque dominante, es decir, porque cuentan con el apoyo de las dos fracciones más decisivas de este bloque. Que no tengan apoyo de masas es otra cosa. Pero no lo necesitan y es dudoso incluso que lo deseen, pues tal apoyo resucitaría la vida política (aunque fuera una vida política fascista) y ellos están precisamente en el poder para poner fin al Estado político³².

Cuando un ideólogo de la dictadura chilena decía que "de lo que se trata ahora es de producir melones y no automóviles" pues estos últimos los producen mucho mejor los países industrializados, estaba mostrando en esencia, la línea económica del régimen. La actividad industrial dinámica debe residir totalmente en las manos del capital extranjero. Las industrias locales, privadas o estatales son vendidas a precios miserables a empresas foráneas. Los industriales nacionales deben conformarse con el rol de proveedores o asignatarios. Los representantes del capital mercantil nacional son "depurados" cuando no por el propio raquíutico

³¹ Clases de posesión, clases de producción, terminología weberiana que utiliza exitosamente J. Zylberberg, **op. cit.**

³² Del papel de arbitraje que desempeñan las dictaduras entre las dos principales fracciones del bloque dominante no deducimos que ellas sean "bonapartistas". Por bonapartismo se entiende una fuerza política arbitral apoyada en la pequeña-burguesía. Las dictaduras latinoamericanas, por el contrario, reprimen económicamente a la pequeña-burguesía.

mercado, por los impuestos y las gravaciones estatales, y los sobrevivientes quedan sometidos a estricto control. Los productos alimenticios son vendidos a nivel de mercado mundial en el mercado local sin mucho temor por parte de los empresarios a que ello redunde en presiones salariales, pues para impedir eso están los militares en el poder. Abandonada la parte vital de la producción al capital extranjero, el "capitalismo" nacional se desliza desenfrenadamente por las vías del parasitismo, la especulación y la usura, floreciendo el capital usurero como nunca antes. Los escándalos financieros se convierten en pan de cada día y no pueden ni siquiera ser tapados por la prensa oficial. Y... ¿dónde invertir las fabulosas ganancias derivadas de la especulación? Una parte en el consumo suntuario, alimentando todavía más al "sector dinámico"; otra parte en la adquisición de bienes inmuebles: casas, departamentos, hoteles y...tierra, pues ella se sobreprecia paralelamente al aumento de precio de los productos agrícolas. Rentistas y usureros compran tierra. Latifundistas se dedican a la usura.

En ese marco tiene lugar una restauración del latifundio tradicional y un reforzamiento del antiguo tronco oligárquico, es decir, todo lo contrario a lo que constatan Briones y Caputo en sus esfuerzos por encontrar un fascismo dependiente.

Naturalmente el peso de cada fracción del bloque dominante no es igual en la estructura de dominación de cada país y eso explica también que las dictaduras no son todas iguales. Pero en lo esencial, no vemos en ninguna parte un desplazamiento de la antigua oligarquía por el gran capital. Más todavía, los propios militares están más ligados a los grupos tradicionales que a las burguesías dependientes. Ya en la era colonial los grupos señoriales hacían estudiar a los segundones la carrera militar. Todavía los militares, aún los que provienen de los sectores medios, miran embelesados al grupo oligárquico. Aspiran llegar a él, casándose con la hija de un latifundista, o quizás mejor, casándose con el Estado, que se ha comprobado como medio eficaz (tienen el ejemplo de tantos populistas enriquecidos) para trepar socialmente.

Pero, ¿acaso las dictaduras militares no representan al capital monopólico financiero internacional? Por supuesto que sí. Pero hay que tener la necesaria flexibilidad para entender que **no siempre la dominación del capital se expresa a través de las fracciones que lo detentan**. Mediante el "pacto social" entre la fracción más modernizante del capital internacional y las oligarquías tradicionales, han podido estas últimas mantener el control del Estado, ya sea por medio de sus partidos tradicionales, ya sea representadas por militares. Esta es precisamente una condición del llamado desarrollo desigual, término que mucho se usa pero que se aplica muy poco. La incorporación de grupos económicamente dominantes que no son capitalistas en sentido estricto, a la estructura de poder, lejos de ser un obstáculo para el desarrollo del capitalismo en América Latina, ha constituido hasta ahora su propia condición. El capitalismo se desarrolla en la medida en que incorpora a su esfera de acumulación espacios no capitalistas, nos explicaba hace tiempo Rosa Luxemburg. Y podríamos agregar: y cuando estos

espacios no bastan, son reproducidos por el propio capital³³. El desarrollo del capitalismo bajo las dictaduras militares disminuye en términos relativos al propio proletariado, incorporando cada vez más a capas sociales "desproletarizadas" a sus objetivos de acumulación, es decir, reproduciendo la "marginalidad". Cientos de empresas locales son empujadas a la quiebra. Los oligarcas de la ciudad y el campo aceptan gustosos la liquidación de los "capitalistas" locales. Así podrán producir en paz sus melones dejando el complejo mundo del capital a las empresas extranjeras. Mientras más avanza el capital, más se afirman las posiciones locales del tradicional tronco oligárquico. Bajo el reino de las bayonetas, sueñan con restituir el apacible mundo señorial que opacaron las chusmas y sus demagogos tribunos. La paradoja es que ellos son los puntales del capital más moderno en tanto aceptan, sin coqueteos proteccionistas ni ilusiones desarrollistas, el papel que la división internacional del trabajo asigna a sus países en el mercado mundial.

Ahora bien, la tesis del fascismo dependiente de Briones y Caputo, en la medida en que se construye sobre la base del supuesto desplazamiento de la oligarquía tradicional, es absolutamente inconsistente.

Por último, una aclaración pertinente al sentido generalizador de las tesis expuestas por los mencionados autores. Si es claro que las dictaduras militares representan en general las nuevas modalidades de la acumulación capitalista (que se desarrolla desde antes del advenimiento de tales dictaduras, por lo demás) no puede establecerse una relación estricta entre estas modalidades y el sistema de dominación política que surge. Una cosa es que las dictaduras sean representantes objetivas del gran capital y otra muy distinta es que su génesis solamente deba explicarse a partir de este fenómeno. Hay países en que el gran capital ha avanzado, como en Venezuela o México, bastante más rápido en los últimos años que en Argentina, Chile o Uruguay, y sin embargo, todo lo mal que se quiera, los organismos del Estado democrático populista han subsistido en los primeros, y no solamente no han sido obstáculos para las nuevas formas de acumulación, sino que en muchos casos una condición para ellas. En otras palabras: **las grandes empresas internacionales no sienten predilección por los regímenes militares ni por las democracias populistas. Sienten sí predilección por cualquier régimen que asegure una estabilidad política a largo plazo y que cree un clima favorable a las inversiones** (por eso estas empresas invierten cada día más en los países de la zona soviética, por ejemplo). Tal estabilidad puede ofrecerla a veces, en mejores condiciones, un régimen de democracia representativa que una tiranía militar, o viceversa. Pues, por la vía del "gran capital" podríamos explicarlo todo. Constatar la afinidad entre tres o cuatro dictaduras, y extraer de ahí un sistema al que se bautiza como fascismo

³³ Los mejores trabajos acerca de la "producción del atraso por la modernidad" en A. Latina, continúan siendo los escritos de Mariátegui, sobre todo, sus "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Económica Peruana", Lima 1976.

dependiente o con cualquier otro nombre y apellido, y al que se presenta, además, como fenómeno continental, es por lo menos un abuso ideológico.

La teoría del fascismo latino-americano y la política internacional de la URSS

La teoría del fascismo latinoamericano que inicialmente fue postulada en el plano político por los partidos comunistas a fin de implementar frentes amplios que incluyan sectores de las "burguesías nacionales", y en el específico caso chileno, a fin de transformar la UP, que ya de por sí era un frente, en parte de otro frente mayor que incluyera la totalidad de la DC, no es el resultado de ningún análisis serio de la realidad latinoamericana. Es nada más que un lema de política contingente que puede variar según las posibles modificaciones de estrategia que adopten estos partidos, que en gran medida están determinadas por la política internacional de la URSS.

Hasta ahora hemos analizado las opiniones de autores aislados. Sin embargo, en la revista teórica "de los partidos comunistas y obreros", "Problemas de la Paz y del Socialismo", asistimos a un intento, por otorgar a la "teoría del fascismo latinoamericano" de un carácter oficial. Se trata de un artículo escrito por J. Barrios, L. Padilla y K. Maidanik: "Génesis y Particularidades del fascismo latinoamericano"³⁴.

El artículo no es una argumentación en torno a si existe fascismo o no en América Latina. Aquí se parte de la tesis de que el fascismo existe y no se trata de discutirla, sino simplemente de describir las particularidades de aquello que los autores denominan "fascismo". Eso aparece claro desde las primeras frases:

"La creciente lucha de las amplias masas populares dirigidas por los partidos comunistas contra los regímenes de tipo fascista que durante la década de los sesenta y comienzos de la de los setenta fueron erigidas en Brasil, Bolivia, Uruguay y Chile; contra el sangriento terror que han desatado los círculos gobernantes en Paraguay, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Haití; contra los planes que fragua la extrema reacción con apoyo del imperialismo en Argentina, Perú, Ecuador y Colombia; (...) todo ello exige una definición exacta y científicamente fundamentada de la génesis y esencia del fascismo latinoamericano"³⁵.

En el párrafo citado encontramos un intento de clasificación de los regímenes políticos latinoamericanos. Así, se nos habla de:

³⁴ J. Barrios, L. Padilla, K. Maidanik, Genesis und Besonderheiten des Faschismus Lateinamerika, en **Probleme des Friedens und des Sozialismus**, 1978, Praga, pág. 535.

³⁵ Barrios, Padilla, Maidanik, **op. cit.**, pág. 535.

1. **Regímenes fascistas:** Brasil, Bolivia, Uruguay y Chile.
2. **Dictaduras terroristas:** Paraguay, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Haití.
3. **Regímenes no fascistas,** aunque existen planes de fascistización: Argentina, Perú, Ecuador y Colombia.

Después de confusiones conceptuales como las de Gérard Pierre-Charles y A. Cuevas que calificaban como fascista a cualquier régimen latinoamericano, los citados autores tratan de poner un poco de orden. Pero en cualquier caso la clasificación realizada por ellos es, científicamente, bastante arbitraria. Dentro de los regímenes de carácter "fascista" incluyen cuatro países que se diferencian substancialmente entre sí, en lo que se refiere a su historia política, su estructura social, su distinta forma de incorporación al mercado mundial, su consiguiente distinto grado de desarrollo capitalista (¡Brasil y Bolivia en un mismo grupo!) y por tanto, en las distintas políticas que en cada uno de ellos han aplicado las dictaduras militares.

Pero lo que queda más claro en la fundamentación "científica" de estos autores es que ella no tiene nada que ver con ningún criterio "científico". Ello se revela de inmediato cuando Argentina no es puesta ni al lado de las dictaduras "fascistas", ni al de las dictaduras terroristas sanguinarias. Argentina sería un país en donde apenas han existido planes de "fascistización". ¿Cuáles son los criterios que hacen del régimen argentino algo muy diferente a los de Chile y Uruguay?. Por supuesto, según nuestra opinión, ni en Argentina ni en ninguna otra parte de América Latina existe fascismo, pero según los propios criterios clasificatorios de Barrios, Padilla y Maidanik debería estar incluida en ese grupo. Pero sucede que los dictadores argentinos ni siquiera aparecen dentro del grupo de las dictaduras terroristas sanguinarias. ¿Qué más se necesita para ser una dictadura sanguinaria? ¿No bastan los miles de muertos, presos, secuestrados, desaparecidos, torturados sobre los cuales la persona más despolitizada tiene conocimiento?. Sin embargo, con una sospechosa benevolencia los autores incluyen a Argentina junto a gobiernos como el de Perú, Ecuador y Colombia que por cierto no son modelos de democracia pero que tendrían todo el derecho del mundo de sentirse injuriados por Barrios, Padilla, y Maidanik, al ser clasificados junto a un carnicero como Videla.

Las razones que explican este "leve descuido" no se necesitan investigar demasiado. Argentina (después de Cuba, naturalmente) es el país que mantiene mayores relaciones de intercambio comercial con la URSS en América Latina.

Los acuerdos comerciales suscritos por la URSS con el gobierno de Perón en 1974 han sido ratificados con la dictadura. Tales acuerdos tienen una validez de diez años. Los excedentes de la producción agraria que no puedan ser colocados en los mercados tradicionales son en creciente medida comprados por la URSS. "Se trata fundamentalmente de trigo, maíz, cuero, vino. Pero no sólo adquiere productos

agrarios sino que también bienes industriales. 30 por ciento de las compras soviéticas deberán ser hechas de acuerdo con contratos sobre productos elaborados. También aquellos productos de consumo durable (autos, refrigeradores, etc.) que no encuentran colocación en el deteriorado mercado argentino, son comprados por la URSS. Los excedentes comerciales son pagados por la URSS en moneda libre y convertible. Argentina por su parte se declara dispuesta a importar instalaciones industriales soviéticas, maquinarias, tecnología, etc., es decir, bienes de capital. Estos acuerdos cubren prácticamente todas las industrias básicas: petróleo, gas natural, acero, energía atómica, construcción de barcos, etc. También las industrias productivas como petroquímica, farmacéutica, además de la industria tele y cablegráfica trabajan con ayuda tecnológica y bienes de inversión provenientes de la URSS" (...). Hay que mencionar además que estas relaciones no sólo conciernen a industrias estatales sino que también a firmas privadas. Las condiciones de pago son muy favorables. Los créditos pueden ser pagados en el plazo de diez años y la tasa de interés es de un 4,5% para las empresas estatales y de un 5% para las privadas³⁶.

Aquí puede prevalecer el argumento de que se trata de acuerdos entre estados y no entre gobiernos. Lo mismo en lo que se refiere a las relaciones diplomáticas. Ya desde hace muchos años atrás, la URSS ha mantenido acuerdos diplomáticos y económicos con distintos tipos de gobierno, incluso con el fascismo de Mussolini quien reconoció a la URSS en su época de mayor aislamiento³⁷. Todo esto puede ser justificado con muchas razones que no es el caso analizar aquí. Lo que sí es inmediatamente condenable, es que a partir de las conveniencias comerciales y/o diplomáticas, determinados autores se presten para cosmetizar "científicamente" a una dictadura que en la expansión del terror y del crimen ha superado incluso a la de Pinochet. Así se revela el sentido de la teoría soviética sobre el fascismo latinoamericano. Ella no se basa en ninguna investigación, en ninguna ciencia, sino que en simples criterios atingentes a la política exterior de la URSS³⁸.

La no inclusión de Argentina en el campo de los "fascismos" y su exclusión incluso del campo de las dictaduras latinoamericanas, descalifica de inmediato las pretensiones científicas de Barrios, Padilla y Maidanik.

En efecto, la URSS es respecto a Argentina lo que China respecto a Chile.

Los dirigentes comunistas argentinos tienen así que hacer verdaderas acrobacias para demostrar por qué Pinochet es fascista y Videla no lo es. Independientemente al papel de dirigentes del proletariado que Barrios, Padilla y

³⁶ Datos extraídos de Latin America, Economic Report Núm. 33, 1977. Süddeutsche Zeitung 16, 8.77 y Cambio 16, 18.9.77, en *Lateinamerika Nachrichten*, 1.10.77, Berlin West, pág. 23.

³⁷ Ver V. Weltkongress der KI, Protokoll, Erlangen 1973, *Informe de Bordiga*, pág. 734.

³⁸ Un buen análisis de la política económica internacional de la URSS es el de A. Gunder Frank, *Viva la Empresa Transideológica*, en *Zona Abierta* 16 y 17, Madrid 1978.

Maidanik le asignan al PC argentino, se trata de un ejemplo casi trágico de un partido siempre obligado a marchar exactamente al revés. Ayer, cuando la URSS decretó que la social democracia y partidos similares eran fascistas, calificaron de fascista a Perón y se unieron con la derecha. Hoy le niegan ese calificativo a Videla y al mismo tiempo se lo aplican a otras dictaduras bastante más benevolentes que la que tienen en su propia casa. Y para que no se piense que las nuestras son opiniones subjetivas presentamos a continuación una entrevista que en la revista española, "Cambio 16", hiciera el filósofo francés Bernard-Henri Lévy a Roberto Vallarino, miembro del Comité Central del PCA. Pedimos al lector que la lea con mucha atención pues se trata de un documento realmente esclarecedor:

Lévy: ¿Cómo ve usted la relación de fuerzas al interior de las Fuerzas Armadas?

Vallarino: Yo diría, muy en general, que por una parte hay ultra-reaccionarios elementos pinochetistas y por otra parte elementos progresistas con tendencias democráticas. Esta es la realidad fundamental que ningún análisis puede pasar por alto.

L: ¿Quiénes son esos elementos progresistas?

V: Si usted quiere nombres, yo se los nombro: Videla, Massera, Agosti, Suárez, Massone, por ejemplo.

L: Con otras palabras, ¿se trata de todo el aparato dirigente de la Junta?

V: En un determinado sentido, sí. Pero debo precisar que se trata de **elementos y tendencias** progresistas.

L: Eso significa definitiva y concluyentemente que el actual gobierno argentino es un gobierno progresista.

V: Se trata de un gobierno donde hay elementos progresistas y que efectivamente también ocupan los puestos de dirección.

L: ¿Apoya usted la Junta?

V: No directamente; se debe hablar mejor de apoyo crítico.

L: En consecuencia, para usted es la equivalencia Videla-fascismo un error.

V: Un clásico error aventurero que puede llevar al pueblo argentino solamente por el camino del retroceso.

L: ¿Retroceso con relación a qué?

V: Con relación a los recientes éxitos del movimiento democrático y de trabajadores.

L: Por ejemplo.

V: Bien, por ejemplo el hecho de que Argentina hoy acepta relaciones comerciales con todos los países independientemente a las orientaciones ideológicas de sus gobiernos. Pero no olvide usted que además hay elementos pinochetistas que se oponen a ello.

L: ¿Progresismo significa pues comercio con la URSS?

V: En ese caso significa poner las relaciones entre estados sobre los fundamentos de la coexistencia pacífica.

L: ¿Y las violaciones a los derechos humanos no le preocupan a usted?

V: Sí, naturalmente. Nosotros tenemos incluso 71 militantes del partido que están desaparecidos.

L: ¿De un total de 15.000 desaparecidos según datos de Amnesty International?

V: Ese es un número exagerado que no concuerda con la realidad. Además se debe ser muy cuidadoso con el problema de los derechos humanos donde hay que poner la línea demarcatoria. Ello es interpretado de manera muy distinta por la derecha y por la izquierda.

L: Cuando la URSS en la ONU se opone a cualquier condena a Argentina, ¿es una posición de izquierda?

V: Naturalmente. Lo contrario aislaría a nuestro pueblo y fortalecería a la pandilla pinochetista.

L: Dígame por favor, ¿quién pertenece a esa pandilla pinochetista?

En seguida él me nombró una lista de nombres desconocidos³⁹....

No haremos ningún comentario. Sobran.

Sin embargo, después de leerse estas afirmaciones, ¿puede alguien todavía creer en la legitimidad científica de la teoría de los PC acerca del fascismo latinoamericano?.

³⁹

Citado en *Lateinamerika Nachrichten*, 28.7.98, pág. 13.

La universalización del fascismo a través de la tesis del capitalismo financiero. El fascismo es todo y a la vez nada

Pero todavía no hemos terminado con el artículo de Barrios, Padilla y Maidanik.

El fascismo para ellos no sería más que un proceso contrarrevolucionario cuya causa

"es, sobre todo, la agudización de las contradicciones internas que reflejan los intentos de la reacción por encontrar una salida a la profunda crisis del capitalismo dependiente, que hoy constituye en esta región la estructura socioeconómica dominante".

Lo único nuevo que encontramos en esta caracterización es que se pide prestada cierta terminología a la llamada "teoría de la dependencia". Como hemos intentado demostrarlo en otros artículos, la Teoría de la Dependencia surgió posteriormente a la Revolución Cubana, con base en la actualización de la teoría marxista del imperialismo (Bujarin, R. Luxemburg y sobre todo Lenin) y buscó demostrar la invalidez de la tesis comunista relativa al "feudalismo latinoamericano" y la consecuente concepción de una revolución "democrático-burguesa"⁴⁰. En la medida que la "Teoría de la Dependencia" ponía sobre la actualidad las tareas socialistas, sirvió de ideología de la legitimación a los movimientos guerrilleros de la década de los 60 surgidos bajo el influjo de la revolución cubana, pero sobre todo para esta última con relación al problema de la madurez objetiva de la revolución continental, punto central de las contradicciones estratégicas que en ese tiempo la dirección revolucionaria cubana hizo públicas con relación a los partidos comunistas latinoamericanos y la política internacional de la URSS⁴¹.

Hoy en condiciones objetivas que nada tienen de revolucionarias (nos referimos a Sudamérica), Briones, Padilla y Maidanik **liquidan** la antigua teoría del "feudalismo latinoamericano" y nos hablan de un "capitalismo dependiente" sin mediar la más mínima relación crítica respecto al pasado inmediato. No se trata ahora, como es lógico, de postular "la actualidad de la revolución socialista" en el continente, sino que de demostrar la existencia del fascismo, y como éste presupone una relativa madurez de las relaciones capitalistas, la teoría del "feudalismo" pierde su utilidad práctica. Así, para estos autores:

"El peligro del fascismo crece en especial en una etapa determinada, del desarrollo económico de uno a otro país latinoamericano. Sin ánimo de

⁴⁰ F. Mires, *der Unterentwicklung des Marxismus in Lateinamerika*, Berlin 1977.

⁴¹ Sobre este problem, mi libro **Cuba, la Revolución no es una Isla**, Berlín 1978, Bogotá 1978.

generalizar, se puede afirmar que las tendencias fascistas se imponen con mayor rapidez en aquella fase de madurez de una crisis del capitalismo dependiente de acuerdo con las leyes de la cruenta transición al estadio del capitalismo monopólico (que naturalmente continúa siendo dependiente del imperialismo) y en consecuencia, cuando las posibilidades de victoria de una revolución socialista son mayores⁴².

El fascismo latinoamericano sería pues una fase de transición al capitalismo monopólico dependiente (¿transición desde dónde?). Por qué en esa fase se origina fascismo y no otra cosa no es explicado por los autores. Todo queda así reducido a una legalidad histórica objetivista que pasa por alto las relaciones sociales y políticas que prevalecen en cada país.

Más aún, llegan a decir que:

"... independientemente de los rasgos específicos que son determinados por las condiciones concretas de cada país, por el nivel de su desarrollo económico, por el grado de madurez política de las masas trabajadoras, de las tradiciones nacionales, etc., el fascismo latinoamericano es muy semejante al fascismo europeo de los años 20 y 30"⁴³.

Como hemos visto, la mayoría de los autores que nos hablan del fascismo latinoamericano habían tenido el cuidado de no asimilar éste al europeo. Eran tantas las diferencias, que se veían obligados a remarcar que se trata de un fascismo nuevo, irreductible a ser comparado con realidades europeas. Por ello se veían, incluso, forzados a buscar nuevas terminologías (fascismo dependiente, por ej.). Incluso un autor, Marcos Kaplan, luego de enumerar la enorme cantidad de diferencias existentes entre el fascismo europeo y las dictaduras latinoamericanas, en la medida que insiste a pesar de todo, no sabemos por qué, en hablar de fascismo, se ve obligado a acuñar el término de "fascismo **sui generis**"⁴⁴. Pero tales diferencias no existen para Brinos, Padilla y Maidanik o, si existen, se borran ante la Gran Semejanza, que universaliza la Historia en sus períodos y espacios más diferentes: el capital financiero.

"Igual que en Europa de los años 40 y 50 tanto el capital local como el financiero extranjero (sobre todo este último) desempeña el rol dirigente"⁴⁵.

O sea, el razonamiento no puede ser más esquemático. Las dictaduras de Mussolini y Hitler representaban al capitalismo local y al capital financiero

⁴² Barrios, Padilla, Maidanik, *op. cit.*, pág. 536.

⁴³ Barrios, Padilla, Maidanik, *op. cit.*, pág. 537.

⁴⁴ Marcos Kaplan, *Der Faschismus in Lateinamerika*, München, julio-agosto 1976, pág. 23, septiembre-octubre 1976, pág. 3.

⁴⁵ Barrios, Padilla, Maidanik, *op. cit.*, pág. 537.

internacional. Las de Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay representan al capitalismo local y al capital financiero internacional. **Ergo:** son todas igualmente fascistas.

Con base en este esquema ultrasimplificado los autores critican incluso a quienes sustentan la no existencia de fascismo en América Latina⁴⁶. A falta de mejores argumentos, adjudican a éstos, que sostienen que las dictaduras del pasado y las del presente son iguales. Como hemos visto, los únicos que mantienen la equivalencia dictadura-fascismo, han sido los autores de ideología soviética.

El hecho naturalmente cierto de que las nuevas dictaduras latinoamericanas se diferencien de las dictaduras oligárquicas, patriarcales y caudillistas del pasado, no obliga a caracterizar como fascistas a las primeras. Obliga sí a estudiarlas en lo que son realmente, a entender sus especificidades, sus relaciones con las clases locales, con el capital extranjero, su ideología, etc. Y eso no lo vamos a encontrar en ninguna frase de Dimitrov, ni en el puro análisis de esa superpresencia en que han convertido al capital financiero.

Pero, ¿en qué se diferencian, según nuestros autores, las dictaduras "fascistas" de los regímenes dictatoriales del pasado en América Latina?

"La principal diferencia del fascismo respecto a los regímenes autoritarios de derecha del pasado está determinada por el carácter de clase y por la forma de existencia del Estado. Mientras que el autoritarismo de los señalados regímenes de derecha representa fundamentalmente los intereses de la oligarquía latifundista y de la oligarquía latifundista burguesa, así la estructura de poder fascista expresa en igual forma los intereses de la ultrarreaccionaria parte de la burguesía ligada al capital financiero internacional"⁴⁷.

¿No representaba Somoza a la ultrarreaccionaria parte de la burguesía nicaragüense ligada al capital financiero internacional? ¿Era Somoza fascista entonces? Recordemos que Gérard Pierre-Charles, mucho más consecuente que Briones, Padilla y Maidanik, llega hasta el fin del absurdo y afirma que Somoza y Trujillo eran fascistas. ¿Es Stroessner sólo un representante de la oligarquía latifundista y no del capital financiero internacional? Nuevamente la incómoda pregunta: ¿a quién representa Videla? ¿Por qué es diferente a Pinochet?

Pero más todavía. Si hay una fracción ultrarreaccionaria que representa al capital financiero internacional se supone que hay otras menos reaccionarias. ¿A quién representan? En concreto, ¿es Eduardo Frei en Chile un representante del capital nacional? ¿Es Eduardo Frei antimperialista? Son muchas las interrogantes que quedan pues encerradas en el hermético secreto de las definiciones abstractas.

⁴⁶ Barrios, Padilla, Maidanik, *op. cit.*, pág. 541.

⁴⁷ Barrios, Padilla, Maidanik, *op. cit.*, pág. 541.

La premisa del absurdo. La teoría soviética sobre el fascismo

Pero aparte de las lealtades de los autores comentados a sus respectivos partidos, hay otra causa que explica tanta incoherencia. O mejor dicho, hay una ideología que permite formularlas más fácilmente.

Esa ideología es la teoría soviética acerca del fascismo.

Sin embargo, la teoría soviética acerca del fascismo es muy larga⁴⁸. Data desde 1922 con el IV Congreso de la Internacional Comunista, el último dirigido por Lenin. Pero las interesantes formulaciones defensivas del IV Congreso, el giro a la izquierda experimentado en el V Congreso (1924), el desenfrenado ultraizquierdismo del VI Congreso con las tesis de Stalin en torno al socialfascismo (1928), todo ésto permanece en el olvido, excomulgado por la actual teoría soviética sobre el fascismo. Ni hablar de las diferentes voces críticas que se levantaron en estos períodos y cuyos aportes para una teoría del fascismo son incluso más valiosas que las tesis oficiales. Nada de Clara Zetkin y sus interesantes relaciones entre fascismo y contrarrevolución, o Thalheimer y sus relaciones entre fascismo y bonapartismo, o Reich y sus relaciones entre fascismo y psicología de masas. Por supuesto, nada de Trotsky y sus magníficos escritos en torno al nazismo. De la teoría italiana en torno al fascismo, muy poco, apenas unas citas de Togliatti. Nada de Gramsci, Bordiga, Labriola, Tasca, etc. Tampoco se incorporan a la teoría soviética del fascismo los interesantes aportes de intelectuales socialdemócratas (Bauer, Rossemberg) o liberales, o católicos, de indudable interés, u otros aportes marxistas de interés sociológico y teórico (Marcuse, Poulantzas, Bloch), o no marxistas (Lipset, Barrington Moore, Nolte). Nada, nada de eso. Para la teoría soviética del fascismo existe sólo una fecha, 1935, VII Congreso de la IC, y sólo una voz, Dimitrov.

Y lo más triste del caso es que nunca Dimitrov formuló una teoría acerca del fascismo.

Dimitrov sólo hizo descripciones globales de un hecho dado. Sus intentos para explicar la génesis del fascismo son extraordinariamente vagos, o se reducen sólo a citas de Stalin. Aquello que sí encontramos en Dimitrov es la proposición para una política antifascista en la forma organizativa de Frentes Populares, cuyo eje debía ser la alianza entre comunistas y socialdemócratas, en países como Francia y Checoslovaquia. De acuerdo con Fernando Claudín:

"La política de frente único obrero - renacimiento en las condiciones de la lucha contra el fascismo, de la seguida por la Komintern en el período 1921-1923 - y la política de 'frente popular', sin antecedentes en la historia de la IC (Dimitrov

⁴⁸ "La historia del fascismo es al mismo tiempo la historia de la teoría sobre el fascismo" Ernest Mandel, *Trotzkis Faschismustheorie*, Frankfurt 1977, pág. 9.

quiso encontrárselos en las resoluciones tácticas del IV Congreso, pero allí no se preveía en modo alguno la colaboración con partidos burgueses), no arrancan, por consiguiente, de una profundización analítica y crítica de los problemas de la lucha de clases en el capitalismo a la luz de la experiencia del movimiento revolucionario en el período precedente. Su punto de partida es la respuesta pragmática a exigencias perentorias de la política exterior soviética, una vez que el gobierno de Berlín, desoyendo las advertencias de Stalin, da pasos que implican, evidentemente, la preparación de una guerra contra la Unión Soviética"⁴⁹.

En realidad, Dimitrov, menos que nadie, por razones de táctica, podía formular una teoría sobre el fascismo. En el hecho, se trataba en 1935 de realizar un viraje político de la manera más suave posible. Todas las antiguas teorías sobre el fascismo debían ser liquidadas, pero sin autocrítica ni crítica. Todas las aberraciones de Stalin en torno al fascismo: "Atacar por el centro", "La socialdemocracia es la otra cara del fascismo", "Fascismo y socialdemocracias son mellizos", etc., debían ser olvidadas. Dimitrov sería nada menos que el encargado de proponer un frente con los hasta hace poco denominados socialfascistas. La empresa pues no era nada de fácil para el valiente comunista búlgaro. Sin embargo, salió bien del paso. Su informe: "La ofensiva del fascismo y las tareas de la IC en la lucha por la unidad de la clase trabajadora contra el fascismo", considerado por los comunistas como el ABC de la teoría sobre el fascismo, es una obra maestra en el manejo del tacto diplomático, de olvido del pasado, de táctica política, y por lo mismo, con un valor teórico nulo.

Dimitrov hablaba más bien por boca de Stalin. Incluso Dimitrov se apoyaba en una cita de última hora de Stalin que marcaba las pautas de las formas en cómo debía realizarse el viraje. La cita era la siguiente:

"La victoria del fascismo en Alemania no se debe considerar sólo como una señal de debilidad de la clase trabajadora y como resultado de las traiciones a la clase trabajadora por parte de la socialdemocracia que abrieron el camino al fascismo. También se le debe considerar como una señal de la debilidad de la burguesía, como señal de que la burguesía no puede más gobernar con los antiguos métodos del parlamentarismo y de la democracia burguesa, y debido a esto se encuentra obligada a métodos de gobierno terroristas en su política interna, como señal de que ella no se encuentra más en condiciones de descubrir una salida sobre la base de una política exterior amistosa. Por eso, ella se encuentra forzada a recurrir a una política de guerra"⁵⁰.

Así, la debilidad de la clase trabajadora, que se explica por su división, que a su vez se explica no sólo por la política de la socialdemocracia sino que también por la aberrante teoría staliniana del socialfascismo, es descartada del análisis y

⁴⁹ Fernando Claudín, **La Crisis del Movimiento Comunista**, tomo 1, Francia, pág. 144..

⁵⁰ VII Kongreß der K1, Frankfurt 1975, pág. 92.

reemplazada por generalizaciones obvias, en donde, de acuerdo con Stalin, el fascismo aparece como un simple sinónimo de dictadura terrorista por parte de la burguesía. Como ya hemos visto, la mayoría de los sostenedores de la tesis del "fascismo latinoamericano" continúan utilizando como premisa las generalizaciones de Stalin.

La orden del VII Congreso en torno a la cuestión del fascismo parecía ser efectivamente: generalizar, absolutizar, universalizar. Era ésta por lo demás, la única fórmula posible para eludir una discusión política que podía hacer peligrar la tarea del momento: los frentes populares, es decir, alianzas no sólo con las socialdemocracias, sino que con las mismas burguesías.

El XIII Plénum del Ejecutivo de la IC, también por disposición de Stalin, había elaborado previamente una definición del fascismo que Dimitrov hace suya y que marcaba las pautas para el VII Congreso.

"El fascismo es la abierta dictadura de los más reaccionarios, los más chauvinistas y los más imperialistas elementos del capital financiero"⁵¹.

Es imposible hacer una definición menos política. Se trata solamente de adjetivos que no aclaran nada y que condenan al fascista casi en términos moralistas, sin caracterizarlo"⁵².

En todo caso, la piedra de toque "teórica" era el capital financiero. La categoría no es nueva. Recorre prácticamente la historia de toda la IC. Así, el capital financiero es el sujeto histórico que ha servido para explicar distintas situaciones históricas, por muy diferentes que hubieran sido entre sí. Ahora bien, el rol de agente histórico que se le confiere al capital financiero encuentra sus orígenes remotos en la teoría del imperialismo de Lenin, y en las primeras fases de la IC sirvió de base para la elaboración de una teoría catastrofista de la revolución que aparecía situada a la orden del día debido a la descomposición del capitalismo en su fase superior, la imperialista, caracterizada por el predominio del capital financiero. Las primeras teorías en torno al fascismo formuladas en la IC (Bordiga, Zinoviev, Radek, Freymuth, Zetkin) nacieron envueltas en la teoría del imperialismo, base a su vez de la teoría de la revolución. El fascismo surgió considerado como simple contrarrevolución, como la confirmación negativa de la existencia objetiva de la revolución.

Aun en situaciones de retroceso del movimiento de masas, el capitalismo financiero fue una "prueba" de la transitoriedad de las derrotas, (ya que el

⁵¹ VII Kongreß der KI, *op. cit.*, pág. 93.

⁵² Para una crítica a Dimitrov en el marco de la crítica al "capitalismo monopolístico de Estado", Eike Hennig, *Zum Verhältnis von Industrie und Faschismus in Deutschland* (1973) en Reinhard Kühnl *Texte zur Faschismusk Diskussion*, Frankfurt 1974, pág. 140.

capitalismo estaba objetivamente condenado) y por consiguiente la base teórica del "ultraizquierdismo".

Sin embargo, en el VII Congreso la noción del capitalismo financiero se aplica, por primera vez, en una fase reconocida como de derrota total. Las tesis de Lenin, correctas o no, sólo tomaban coherencia en el marco de una situación revolucionaria. Arrancadas tales tesis de ese marco en que se originaron, quedaban elevadas a verdades absolutas, desde donde se extraían conclusiones totalmente diversas a las que en su tiempo concibió Lenin.

El avance del fascismo a escala internacional era la prueba palpable de las derrotas del movimiento socialista europeo. La revolución internacional ya no estaba a la orden del día ni aún para el más soñador miembro de la IC. Stalin mismo lo había reconocido cuando en el VI Congreso había levantado la tesis del "socialismo en un solo país", la mayor mistificación que nunca hubiera experimentado el pensamiento marxista.

En esas nuevas condiciones, la noción del capitalismo financiero que incluso bien podría haber sido un punto de partida para desarrollar una teoría sobre el fascismo, se convirtió en su punto final. **Reemplazó incluso a una teoría sobre el fascismo.** Dimitrov sería el encargado de sintetizar esta revisión con la siguiente fórmula operacional:

"El fascismo es el poder del propio capital financiero"⁵³.

Así quedó consagrado el fascismo como un fenómeno que sólo se explica a partir de la pura existencia del capital financiero.

No importa así qué carácter tuviese una dictadura, qué origen, qué clases de apoyo, qué alianza representara, qué relaciones políticas, qué ideología. Si se la quería calificar como fascista, bastaría demostrar sus relaciones con el capital financiero.

A partir de ahí, se abrirían las puertas para las más abusivas y arbitrarias interpretaciones sobre el fascismo. El concepto de fascismo se convertiría en un elemento ideológico funcional a la política internacional soviética.

El fascismo, al no ubicarse en el marco de las relaciones sociales en procesos concretos, pasaría a situarse fuera de los contextos históricos. El fascismo se determinaría por su simple exteriorización. Por eso no es casual que los defensores de la tesis del "fascismo latinoamericano" se apoyen absolutamente en las formulaciones de Dimitrov. Son ellas tan generales, amplias, difusas, que sirven, si la política exterior de la URSS así lo requiere, para calificar de fascista a cualquier país de la tierra.

⁵³

VII Kongress der K1, *op. cit.*, pág. 93.

De la misma manera sirven para despojar de este carácter a otros. Volviendo al episodio con Argentina. ¿Que no está ligada al capital financiero? Por supuesto que lo está. Pero, nos dirán nuestros detractores, también mantiene relaciones con el mundo socialista, y eso significa que está menos ligada que otras dictaduras al capital financiero. **Ergo**: no es fascista, y si es necesario, no es dictadura, o por lo menos, como quieren demostrarlo Barrios, Padilla y Maidanik, no es sangrienta. Pero como ésto suena muy poco convincente, viene un Villarino a lavarle las manos vergonzantemente.

La otra cara de la medalla: el fascismo latinoamericano visto desde la "izquierda"

Nuestro propósito no ha sido tanto demostrar que en Latinoamérica no hay fascismo sino que demostrar las falacias en que se apoyan quienes sostienen la tesis del fascismo latinoamericano. En otras palabras, se trata de demostrar que la teoría del fascismo latinoamericano no es más que una construcción ideológica destinada a servir de fondo argumental a políticas elaboradas con anterioridad, incluso al advenimiento de las nuevas dictaduras.

Ya hemos dicho que durante décadas los comunistas latinoamericanos se aferraron a la tesis de las "burguesías nacionales", pasando por alto que precisamente bajo gobiernos "nacionalistas" el capital financiero hizo sus mayores avances. En el fondo lo que importaba no era la tesis de las burguesías nacionales en sí, sino que encontrar en América Latina determinados puntos de apoyo con los cuales la URSS pudiese ampliar el espacio de su influencia.

Dicho en otras palabras, la tesis de las burguesías nacionales, independiente a que ellas existieran o no, no era un error ocasional de los PC. En el fondo se trataba de la legitimación ideológica de los acuerdos entre Estados propiciados por la URSS después de la segunda guerra mundial, que para los PC se traducían necesariamente en acuerdo entre clases. El tan mentado reformismo de los comunistas no lo es tal, o mejor dicho, su reformismo no es más que la expresión traducida a la práctica de planes geopolíticos elaborados sin su participación.

Lo mismo ocurre hoy en día con la tesis del fascismo latinoamericano. Para los PC no es muy importante si existe fascismo o no, lo fundamental es que la creencia en la existencia de un fascismo sea funcional a las alianzas de clase que aparecen propuestas.

Por ello no vale la pena enredarse en una discusión en torno a si existe fascismo o no en Latinoamérica. Mucho más esclarecedor es percibir cuáles son los objetivos políticos que se esconden debajo de tal o cual formulación ideológica. Naturalmente ello pasa por precisiones en torno a la legitimidad de los conceptos que se utilizan y es necesario a veces referirse a determinadas experiencias históricas. Pero estas referencias no pueden constituir el meollo de una discusión

realmente política, pues si no, se cae en la trampa subyacente en la puesta al día de la temática del fascismo. Así se podrían discutir años enteros sobre las semejanzas o diferencias entre los regímenes fascistas europeos y las nuevas dictaduras latinoamericanas. De este modo, los verdaderos problemas son desalojados de la discusión (alianzas de clase, relaciones con la iglesia, con los sindicatos, etc.) y dejados para la pura "práctica" mientras que los "académicos" se dedican a la "pura teoría".

Y esto no sólo es válido para los sostenedores de la teoría del fascismo latinoamericano sino también para aquellos que gastan esfuerzos teóricos en demostrar su no existencia. Es decir, la tesis del no-fascismo también aparece levantada para negar la política de alianzas propuestas por los PC y no porque sea necesariamente el resultado de análisis concretos de la realidad. Lo que no quita que hayan trabajos bastante serios que niegan la existencia del fascismo latinoamericano⁵⁴.

El MIR chileno por ejemplo, negó desde un comienzo la tesis del fascismo en la dictadura de Pinochet. Para el MIR la dictadura era simplemente "gorila", término bastante pobre por lo demás. Pero para el MIR no era tan importante que Pinochet fuera fascista o no. Lo que importaba era que una alianza entre la UP y la DC no fuera posible. Es decir, tanto en el PC como en el MIR la cuestión del fascismo importaba sólo en la medida que sirviera para justificar la política de alianzas que cada organización planteaba. Por ejemplo, E. Sader escribía un buen artículo, "El Estado Militar", que incentivo, más de alguna discusión⁵⁵. Pero la parte débil de este y de otros trabajos, era el mantener la discusión en su nivel de alienación ideológica, pasando por alto el problema de las políticas que se esconden debajo de una u otra denominación.

Por lo general, los detractores de la teoría del fascismo latinoamericano aceptaban la fórmula del PC de que al fascismo debe necesariamente corresponder como contrapartida un frente popular (o algo parecido), y en tanto ello era negado como alternativa, se negaba la existencia del fascismo. Es decir, con otros resultados, se utilizaba el mismo procedimiento alienatorio de los PC.

La premisa es incorrecta para ambos. Formulándolo así: ni a un régimen fascista corresponde siempre como fórmula antinómica un frente popular (es decir, con la burguesía) ni un frente popular es sólo necesario para enfrentar únicamente a dictaduras fascistas.

En las diversas experiencias históricas han predominado, eso sí, la antinomia **dictadura-democracia** y no la antinomia **dictadura-revolución**, pero ello no está

⁵⁴ Por ejemplo, Luis Maira, Notas para un Estado Comparado entre el Estado Fascista Clásico y el Estado de Seguridad Nacional, en el Control Político... *op. cit.*

⁵⁵ Emir Sader, Der Militärstaat, en *Lateinamerika ânalyse und Berichte*, Berlin 1977, pág. 97.

determinado por construcciones ideológicas, sino que por la real correlación de fuerzas que se dan en momentos dados en procesos determinados.

No nos olvidemos que hasta 1935 la propia IC sostuvo la antinomia dictadura-revolución. Cuando el aislamiento militar y político de la URSS impuso la antinomia dictadura-democracia, esta última fue elevada a categoría universal.

No deja por ejemplo de ser paradójico que mientras los comunistas chilenos afirman que Pinochet es fascista y el MIR que no lo es, los comunistas argentinos niegan el carácter fascista del régimen y el PRT (Ptdo. Revolucionario de Trabajadores) afirma que lo es⁵⁶.

Por supuesto que los comunistas argentinos, pese a que afirman que Videla no es fascista, no niegan la formación de un frente de clases que incluya hasta la propia dictadura, y el PRT pese a que adjudica al régimen el carácter de fascista, niega la posibilidad de ese frente de clases. Como se ve, las ideologías de legitimación pueden servir a distintos objetivos.

Quizás uno de los ejemplos más ilustrativos de la versión "izquierdista" del fascismo latinoamericano lo representan Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra, quienes llegan a la siguiente conclusión:

"... estamos convencidos de que no pueden ocurrir en el país intentos de democratización sino transitorios y efímeros que, en definitiva, el pueblo brasileño sólo conocerá la democracia y la libertad como resultado de la lucha ardua y tenaz en contra del sistema capitalista dependiente, y su expresión política, el régimen dictatorial. Brasil tiene pues, y volvemos a insistir en lo mismo, **sólo la alternativa entre el fascismo y el socialismo. O dictadura fascista o dictadura socialista**, es decir, democracia para el pueblo y dictadura del proletariado ejercida en contra de la minoría explotadora. Eso no significa descartar formas de gobiernos de transición, sea de derecha, en la cual las tendencias fascistas se imponen en un proceso dialéctico de marchas y contramarchas, como la actual dictadura militar, sea hacia la izquierda como gobiernos de coalición que crean la democracia avanzada, en la cual el movimiento popular encuentra condiciones para organizar su ofensiva final hacia el poder"⁵⁷.

Fascismo o socialismo. Esa es la alternativa. No haberlo sabido antes la humanidad pues así se podrían haber evitado tantas tragedias. El problema es

⁵⁶ "El PRT es terminante al definir a la Junta Militar como fascista, desarrollando su técnica y política de alianzas en esa perspectiva; a su criterio, el proletariado, núcleo de la resistencia, tiene todas las probabilidades para hegemonizar el frente", Roberto Guevara, sobre **El Fascismo Latinoamericano**, sin fecha ni lugar de publicación, pág. 5.

⁵⁷ V. Bambirra y T. Dos Santos, "Dictadura Militar y fascismo en Brasil", en el Control Político..., **op. cit.**, pág. 173.

que esa alternativa no sólo vale para Brasil sino que para cualquier país capitalista, en cualquier lugar de la tierra y en cualquier período de la historia. Si se quiere, esas son las grandes alternativas de la Historia Universal. En Brasil, nos dicen, no es posible ninguna democratización. Por supuesto, ya que los autores son marxistas, y para el marxismo toda dictadura no es sino la forma encubierta de una dictadura de clase. La verdadera democracia, por supuesto también, viene con la llegada del socialismo. Entonces todo lo que existe entre la total falta de democracia y la democracia absoluta son... períodos de transición. Con la misma lógica puede decirse que la vida de una persona no es más que la transición entre el nacimiento y la muerte. El detalle que Dos Santos y Vania Bambirra pasan por alto es que estos gobiernos de transición alcanzan a vivir decenas de años. Pero los autores no se preocupan por el tiempo humano, sino del Tiempo Histórico, el que culminará en el gran Juicio Final al que denominan Ofensiva Final. Hay que agradecer a los autores citados, porque en medio de un mundo en crisis, nos proveen de una fe en el futuro que nos permitirá hacer más soportables los largos años de transición que todavía nos faltan, en el exilio, o en cualquier parte.

La alternativa fascismo-socialismo defendida por Dos Santos y Vania Bambirra es una recaída ideológica en las tesis más ultraizquierdistas de los períodos más ultraizquierdistas de la IC⁵⁸. Sin embargo, en el período en que escriben los autores, a diferencia del período izquierdista de la IC, no está planteada ni la revolución socialista como actualidad inmediata, ni existe el fascismo como fenómeno de masas. Tampoco existe una Internacional que obligue a cometer errores y a la cual responsabilizar políticamente. En vista de todo eso, no cabe más que deducir que los autores se deslizan en el izquierdismo por su propio capricho. En todo caso, este era solamente un ejemplo de que también hay quienes califican a un régimen como fascista y no se sienten de ninguna manera obligados a extraer de ahí una política defensiva o un frente de clases.

Nota final: en este trabajo no aparecen definidas las nuevas dictaduras latinoamericanas. Sin embargo, nos parece más importante la criatura que el bautizo. Además el monstruo tiene ya tantos nombres... y hasta apellidos. Sería muy fácil en verdad inventar un nombre nuevo y someterlo a la jurisdicción académica, o simplemente aceptar uno de los tantos que ya tiene. ¿Fascismo dependiente de acuerdo con Briones y Caputo?⁵⁹ o ¿fascismo **sui generis** de acuerdo con Kaplan?⁶⁰ ¿Dictadura "gorila" como dice el MIR?, o mejor como propone Tomás A. Vasconi⁶¹, ¿simplemente Estado Militar?, o quizás, ¿Gobiernos de Seguridad Nacional como sugiere Comblin?, o ¿Estado de excepción como

⁵⁸ Para una crítica al izquierdismo y al "maximalismo" en la táctica antifascista, continúan siendo indispensables los escritos de León Trotsky acerca de Alemania. **Wie wird der Nationalsozialismus geschlagen**, Frankfurt 1971.

⁵⁹ Briones y Caputo, **op. cit.**

⁶⁰ Marcos Kaplan, **op. cit.**

⁶¹ Tomás Amadeo Vasconi, "Gran Capital y Militarización en América Latina", México 1978.

escribe M.E. Carranza?⁶² o ¿Por qué no Estado Monista Corporativista como lo denomina J. Zylberberg en un excelente artículo?⁶³ ¿O Estado Militar Burocrático? ¿O mejor Estado Tecnocrático militar? ¿O Estado militar fascistoide? ¿O Estado fascistoide burocrático? ¿O seudo Estado militarroide fascistizado?... no. Basta.

No se trata de inventar nuevos nombres. Se trata sí de analizar las relaciones sociales y políticas concretas, no supuestas o ideológicas en que reposa cada una de estas dictaduras. Tal trabajo no ha sido escrito. Este artículo, por su parte, sólo busca contribuir a la desmitificación de las ideologías que pretenden reemplazar los necesarios análisis y bloquear la crítica. Y estos nuevos análisis son tanto más necesarios, en la medida - y todo parece así indicarlo - en que las dictaduras no sólo implican nuevos regímenes de gobierno sino que nuevas relaciones de producción social. Si no nos apuramos a esclarecerlas, estaremos discutiendo en medio de la ceremonia del bautizo cuando nadie nos invite a la ceremonia de defunción.

⁶² M. E. Carranza, **Fuerzas Armadas y Estado de Excepción en América Latina**, México 1978.

⁶³ J. Zylberberg, **op. cit.**









Estas ilustraciones acompañaron la edición impresa del presente artículo.